

Miembro Fundador del ESPACIO EDITORIAL DE LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA DE TEATRO



tablas

revista de artes escénicas No. 3/1998

OPINIONES

- **TEATRO MUSICAL**
- **LA ESCENOGRAFIA**

REPERTORIO ESPAÑOL
en La Habana



Entrevista
Alicia Alonso

Libreto No.46 **LA NOCHE** de Abilio Estévez

tablas No. 3/1998
revista del Consejo Nacional
de las Artes Escénicas
San Ignacio 166 e/ Obispo y Obrapia,
La Habana Vieja, Cuba.
Teléfono: 62 8760
Fax: (537) 33 3810
e-mail: tablas@artsoft.cult.cu

Directora
YANA ELSA BRUGAL

Equipo editorial
JORGE CARPIO
ELIANA DAVILA
DAMIAN F. FONT

Diseño computarizado
ORLANDO S. SILVERA HDEZ.

Mecacopia
JACQUELINE PUEBLA

Secretario ejecutivo
PEDRO LUIS MTNEZ.

Secretaria
SANDRA M. SANTANA CORBO

Administración
JUAN CARLOS RODRIGUEZ

Portada: **La verdadera culpa de Juan Clemente Zenea**. Compañía Teatro El Público. Contraportada: **...y frutas**. Autor: Pedro Avila. Acrílico/cartulina. Medida: 50 x 70 cm.

tablas aparece cada tres meses. No se devuelven originales no solicitados. Cada trabajo expresa la opinión de su autor. Permitida la reproducción indicando la fuente. Precio: \$ 5.00. Impreso por Empresa del Libro Alfredo López. No. 59/julio-septiembre.



**ARTES
ESCENICAS**
CONSEJO NACIONAL
Ministerio de Cultura

50 AÑOS BALLET NACIONAL DE CUBA
Miguel Cabrera 3

entrevista a Alicia Alonso

UNA LUZ QUE VUELA
Ada Oramas..... 8

TEATRO MUSICAL

LA LUNETA IMPACIENTE *tablas*
Tania Cordero..... 14

PATAKIN DEL TEATRO CIMARRON
O LA VERDADERA HISTORIA DE UN COLECTIVO
COMUNITARIO
Fernando Rodríguez Sosa 20

La voz del maestro

Gordon Craig / Adolphe Appia



24 y 25

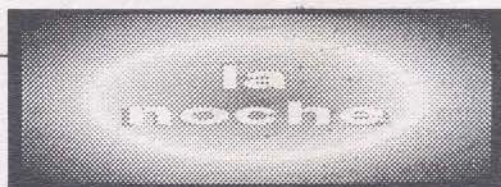
CINCO ESBOZOS *tablas*
SOBRE EL DISEÑO ESCENOGRAFICO

Jorge Carpio 26

ASIA LA ESCENOGRAFIA Y EL ACTOR
EL ESPACIO EN EL TEATRO ASIÁTICO:
UNA CONVENCION A FAVOR DEL ACTOR
Yasmina Proveyer Llópiz 34

INTERTEXTUALIDAD EN LA NOCHE DE ABILIO
Amado del Pino 39

Libreto
No.46



de Abilio Estévez 41



ENTRE LOS TEATROS POSIBLES

Esther Suárez Durán	59
BOLEROS, NOSTALGIAS Y OTRAS RAZONES	
Mercedes Santos Moray	62
CIERTAS INSTRUCCIONES	
PARA LA TEMPORADA DE CAZA	
Norge Espinosa Mendoza	65
CARLOTA (EL ANGEL ASESINO)	
HORROR E INMOLACION	
Roberto Gacio Suárez	70
¿CULPABLES O INOCENTES?	
Damián Fernández Font	73
CARMEN	
MAS GITANA, POR FLAMENCA	
A.O.	77
EL CABALLO DE OKUM	
Patricia González	80
INFORME NEGRO	
TITERES PARA TODOS	
Armando Morales	82
UNA GALA PARA QUINTUPLES/QUINTUPLES	
DE GALA	
Waldo González	85
TRES DIVAS EN SOLEDAD	
EL BUEN ARTE DE LA REPRESENTACION	
W. G.	87



ROMPE BARRERAS

Carlos Padrón	91
---------------------	----

PASADO Y FUTURO

TEATRO PINAREÑO	94
------------------------------	----



M A S D E T R E I N T A A Ñ O S

**LA AVENTURA DEL ESCAMBRAY TREINTA AÑOS DESPUES,
¿ULTIMA VUELTA DE TUERCA?**

Omar Valiño	96
-------------------	----

L I B R O S UN ACONTECIMIENTO TEATRAL EXTRAORDINARIO

Reinaldo Montero	98
------------------------	----



Fundación Ludwig de Cuba

**SOBRE LA FUNDACION LUDWIG DE CUBA
Y EL TEATRO DE INVESTIGACIÓN**

Fernando Sáez Carvajal	99
------------------------------	----

TABLILLAS	101
------------------------	-----

El texto que a continuación presentamos introduce la obra

La noche, de Abilio Estévez. Es un fragmento del ensayo inédito *Del sueño del mago al delirio del poeta sobre este dramaturgo.*

INTERTEXTUALIDAD EN LA NOCHE DE ABILIO

Amado del Pino

En diciembre de 1994 apareció en los medios de difusión masiva la noticia de que *La noche*, de Abilio Estévez, un texto sólo conocido en algunas lecturas casi privadas, acababa de ganar el importantísimo Premio Tirso de Molina.

Las razones que permiten el detallado análisis de esta obra, estrenada por Teatro Irumpe, van más allá del Tirso de Molina. Con *La noche*, Estévez se propone –intentaremos demostrar que logra– un singular viraje en su producción dramática. No abandonará el tono sentencioso, el afán poético ni la voluntad trascendente, pero lo hará de forma tal que el dramaturgo que va de *La verdadera culpa...* a *Santa Cecilia* parece, a ratos, otro de los autores que se citan intertextualmente. Este nuevo texto sugiere una mayor concentración y a la vez flexibilidad escénica; un sistema de diálogos del más amplio registro y otras cualidades estéticas y hasta filosóficas que permiten aventurar el criterio del nacimiento de una nueva etapa en su dramaturgia que, eso sí, no desaprovecha el legado de su sólida obra anterior.

Una de las características de la obra de Estévez que alcanza su culminación en *La noche*, es el propósito de rehuir la naturalidad –como en *La verdadera culpa...* y algunas zonas de *Perla Marina*–, o bien jugar con ella, como en *Un sueño feliz* o en muchos momentos de *Santa Cecilia*. Pero en *Un sueño feliz* y hasta en varias escenas de *Perla Marina*, hay matices que permiten suponer cierta caracterización de los personajes. En *La noche*, sin embargo, las criaturas escénicas se tornan mutables según cambia la situación, y los posibles elementos del carácter responden mucho más al fluir de las ideas o a la concepción de las atmósferas, que a signos reveladores de la individualidad. Como en el Piñera de *Un arropamiento sartorial en la platónica caverna* o el de *Las escapatorias de Oscar y Laura*, no se trata ya de construir personajes que se alejen del realismo o que lo parodien, sino de dinamitar el concepto mismo del personaje.

Otro de los elementos que hemos venido siguiendo en nuestro autor y que puede confrontarse a la luz de esta obra de inicial madurez, es el recurso de las citas intertextuales. Si *La verdadera culpa...* tiene su fuente primigenia en la poesía de Zenea; si *Perla Marina* toma una zona de nuestra sensibilidad poética para convertirla en hecho teatral, en *La noche* la intertextualidad es menor en cuantía y, sobre todo, diversa en cualidad. Es éste un texto que cambia lo demostrativo por lo incisivo, y de una fuerza tal, que la preferencia contextual –sea bíblica o pagana– es menos importante que

el poder de las situaciones. Con todo, hay un momento en que el autor apela a la cita textual, y no es nada raro que el poeta a quien se recuerda sea precisamente Juan Clemente Zenea. Vale la pena citar a su vez aquí los versos del autor de "Fidelia", porque es posible encontrar tras ellos una pista de una poética y hasta tal vez de una ética del dramaturgo: "Y a mí, señor, no se me alcanza/ en medio de la noche embravecida/ jugar con la ilusión y la esperanza/ en esta triste noche de la vida!"

Obsérvese que no se trata de la muy comentada disyuntiva histórica y vital del Zenea que nutrió la brillante arrancada de Abilio. Estos versos apuntan a un lugar de equilibrio en el cual parece alcanzar un sitio protagónico la misión del artista en la sociedad y con relación al futuro y al pasado de los suyos. Valdría la pena subrayar el tercer verso que Estévez pide prestado a Zenea: *jugar con la ilusión y la esperanza*. El verbo jugar es, quizá, el corazón de esta clave e ilumina nuestro rastreo. El hombre se dirige a Dios, enfrenta a la mar "embravecida" o a la feroz tormenta como en el final de *Perla Marina*, y es elemental suponer que el artista padece los mismos azares y circunstancias, pero ahí está la palabra *jugar* estableciendo a la vez distancia y perdurabilidad; compromiso y objetiva intelectualización.

Otro motivo del cosmos esteviano que vale la pena seguir en *La noche*, resulta la visceral cubanía del autor. *La noche*, en un primer acercamiento, tiene un ánimo francamente más universalista, pero el alma nacional está también aquí, sólo que despojada –todo lo posible– de elementos como épocas o expectativas concretas; pero, por ejemplo, cuando La Ciega dice: "¡La ciudad! Dicen que no se parece a ninguna otra", está ratificando una imagen metafórica de La Habana, visiblemente emparentada con *Perla Marina* y *Santa Cecilia*.

Las conexiones entre el mundo de ideas procedentes de la Biblia o de otra leyenda de la tradición judeo-cristiana y su reinterpretación en *La noche*, podrían dar pie a un ensayo aparte que se consagre detalladamente a esta obra y no a su inserción en todo el proceso creativo. Los personajes y temas bíblicos, según nuestra primaria lectura, son usados en la obra con eficaz naturalidad. No hay caricatura, sino una suerte de lectura paralela. El dramaturgo enfrenta el reto de asumir tan venerada tradición sin bendecirla y sin blasfemar. La raíz del procedimiento debe estar en que desacraliza los asuntos bíblicos, los vuelve una realidad, la cual el lector con cultura cristiana puede comparar, pero el que no la posea

tendrá la posibilidad de disfrutar esta nueva literalidad. En este sentido valdría recordar, a manera de antecedente, **Los mangos de Cain** (1968), pero en **Los mangos...**, Estorino propone una parodia más evidente y clásica.

En cuanto al sistema de diálogos, Estévez establece un cambio apreciable con respecto a su teatro anterior. Podría citarse a lo largo de **La noche** una docena de parlamentos extensos e intensos en la cuerda de **La verdadera culpa...** o **Perla Marina**. Pero lo que más abunda es la palabra exacta, breve, entrecortada muchas veces. El autor no se esmera en la construcción literaria de forma evidente —pues una lectura despaciosa revela maestría sintáctica—, sino en la fuerza y precisión de las situaciones (...)

(...) Si fuera posible hablar de un conflicto básico ante una obra tan anticonvencional como **La noche**, podría pensarse en la polaridad placer-represión que por momentos se transforma en placer-sufrimiento (...)

(...) Hasta este punto el placer sigue vinculándose con los goces aparentemente sencillos y a veces olvidados de la vida a la manera que los definía el vagabundo Filemón Ustáriz en **Perla Marina**: "Hay que aspirar el perfume del aire en la piel, el fresco de la brisa, y oír el canto de los pájaros. Te pones a oír el trino de un sinsonte y cuando vienes a darte cuenta, pasaron cien años." (Estévez, 1993:12.) En **La noche**, el autor avanza hacia un sentido más literal, sensual y plenamente erótico del placer. Se va produciendo un punto de encuentro, también crudamente asumido, entre lo espiritual y lo carnal. Así, La Serpiente en el Episodio Decimoquinto afirma: "Los hombres están hartos de sacrificios inútiles. Se nace para gozar. La vida se hizo para disfrutarla aquí y ahora." Podrían citarse otros ejemplos evidentes de canto a la sensualidad, de contrapunteo con reglas, normas o hasta represiones. Llama la atención un momento en que la defensa de esta tesis no se da con palabras, sino en una acotación, es decir, no en el texto literario, no en lo que dirán los actores, sino en una imagen que demuestra cómo Estévez —tan poderoso en el juego y rejuego de las palabras— se ha ido haciendo maestro en lo que se ha dado en llamar texto espectacular: "Un joven bailarín baila al son de una graciosa música de flauta. Baile de exaltación y goce. El cuerpo se alegra de ser cuerpo." Se puede seguir en **La noche** el hilo del tono sentencioso que abunda en esta dramaturgia. En otro estudio valdría la pena recorrer y comparar las numerosas, y casi siempre inquietantes, definiciones de la vida que aportan los personajes de Abilio. Si en **Perla Marina** la idea era que "Vivir es ir pidiendo cosas", dicho así, en un tono grave; en **La noche**, La Madre afirmará en el Episodio Segundo: "Vivir es una pesadilla." Pero aquí la tragicidad está manipulada de forma bien distinta. Lo sentencioso se atenúa porque durante toda la escena La Madre contesta a los apasionados argumentos de El Hijo con una breve frase que parece simbolizar el paternalismo: "¡Este muchacho!" Por cierto, que la relación padres e hijos es otra clave de la dramática esteviana que resulta atractivo rastrear desde **La verdadera culpa...** hasta

La noche. Recuérdese que en la primera de estas obras se nos muestra de una forma casi didáctica dos modelos de conducta contradictorios, dos proyectos encontrados del futuro en los padres del poeta (...)

(...) Una virtud del autor que se evidencia, acaso por primera vez en **La noche**, pero que tal vez podría rastrearse en algún momento de **Santa Cecilia**, es la vocación y la capacidad de burlarse de los propios códigos y de probar registros diversos. Por ello debe insistirse en que la saga nostálgica resulta en **La noche**, a la vez que enriquecida continuidad, una suerte de autointertextualidad (...)

(...) Probablemente la noche del estreno de **La noche**, muchos se sonrojaron y algunos hasta se movieron incómodos es sus asientos ante tal descarnada y poética forma de hablar de la vida y de la muerte. No se olvide que este texto está dedicado "a Virgilio Piñera, un maestro", y que Estévez dice que podría ser un personaje de la obra (como lo fue su poema "La isla en peso" en **Perla Marina**). Pues bien, a los que les parezca excesivo el regodeo de la muerte en **La noche** se emparentarán históricamente con los que rechazaron **La boda** en 1957 por aquello de "las tetas caídas y requetecaídas" (...)

(...) Hay otro elemento estructural en **La noche** que podría dar pie a múltiples y diversas interpretaciones, pues porta una bien pensada y poderosa ambigüedad. Hago referencia a los tres finales posibles, donde el autor (y ahí podría compararse con las barajas sueltas de **Timeball**, de Joel Cano) deja al espectador que escoja su variante preferida, ¿o está sugiriendo que las tres sean válidas y posibles?

De una a otra variante hay señales comunes a la vez que ángulos diferentes. Dice El Adolescente al final de la variante uno: "Rien, juegan. Amanece y alguien despierta y canta." En la segunda posibilidad La Madre parece retomar el lugar de este personaje cardinal en las visiones de Estévez y aporta un gramo de dulce pragmatismo: "Ahora a hilar. Un hilo fuerte, resistente." Y como sellando, otra vez a nivel de imagen, el homenaje materno: "La Madre se sienta a hilar. Un relámpago la ilumina brevemente." En la tercera de las variantes el dramaturgo parece apuntar, primariamente analizando, a la incertidumbre eterna del hombre. Es ahora La Ciega quien cierra la obra: "¿No hay nadie? ¿Es verdad que no hay nadie? Pero si yo pido poco, yo sólo pido un mendrugo de pan."

Si bien **La noche** —como se ha venido apuntando— demuestra recursos literarios y teatrales distintos y en ocasiones más ricos que las obras que la anteceden, hay un sentido último de la espiritualidad, un afán de orientar sin retórica, de encontrar el objeto precioso de nuestra sombra, que sigue identificando a Abilio Estévez como dramaturgo, y sería legítimo yuxtaponer a estos tres finales una idea clave de **Un sueño feliz** y otra de **Perla marina**, porque este gran autor, reconocido por la crítica cubana, parece que insistirá en que *lo único contrario al orden de la naturaleza es el odio, y volvería a afirmar que lo terrible sería la infelicidad. La infelicidad, escúchame, es el mayor veneno.*

tablas

Libreto
No.46

la noche

MISTERIO HERETICO EN TREINTA EPISODIOS Y TRES FINALES POSIBLES

de Abilio Estévez

EL HIJO. ¿Nunca sueñas?

LA MADRE. Hace años. ¿Para qué? Es tan sutil la diferencia... Me aburrí de tener pesadillas dormida; decidí tenerlas despierta. Es mejor. No sé por qué, pero es mejor.

EL HIJO. En cuanto cierro los ojos veo un camino, una ciudad que se destruye... El campo devastado. Cruces. Gente que llora.

LA MADRE. *(Imperativa.)* Vivir es una pesadilla.

EL HIJO. Al final del camino algo terrible debe suceder.

LA MADRE. *(Tirándolo a broma.)* ¡Este muchacho!

EL HIJO. Nunca llego al final del camino.

LA MADRE. Siempre te despierto.

EL HIJO. ¿Cómo lo sabes?

LA MADRE. ¿Qué no sabe una madre!

EL HIJO. ¿Sabes qué hay al final del camino?

LA MADRE. Olvidalo.

EL HIJO. ¡Me voy!

LA MADRE. *(Tirándolo a broma.)* ¡Este muchacho!

EL HIJO. No estoy jugando. Llegó el momento. Quiero saberlo todo.

LA MADRE. ¿Todo? ¡No seas pueril! No hay más que esto, nada.

EL HIJO. Tus argumentos no bastan. ¿Te extraña?

LA MADRE. Me sorprende.

EL HIJO. Nadie puede detenerme.

LA MADRE. *(Dejando de hilar.)* ¡Yo!

EL HIJO. ¿Quieres un espejo? Estás vieja, débil. Tu corazón no soporta disgustos. Un gesto y te borro de la vida.

LA MADRE. Tu salvación está conmigo.

EL HIJO. *(Tomando el atado.)* No tengo tiempo para discutir.

LA MADRE. *(Tratando de detenerlo.)* ¡No te irás!

EL HIJO. ¡No creo en que seas mi madre!

LA MADRE. ¡Sal! ¡Demuestra que ya eres hombre!

EL HIJO. Salgo por encima de ti. Si tengo que hacerte polvo, te hago polvo.

Forcejean. El Hijo derriba a La Madre. Sale.

LA MADRE. ¡No irás lejos! Te seguiré hasta el fin del mundo. Con mil ojos, con mil pies. Al final vendrás de rodillas. Buscaré tus huellas. En el fango, en la nieve. Mi poder ya está en juego. Tú huyes sin saber que al final estoy yo.

EPISODIO TERCERO

Adán, Eva, La Serpiente. El jardín.

LA SERPIENTE. Aquí está la manzana.

ADAN. Podías haberte ahorrado el trabajo.

LA SERPIENTE. Para mí es un placer.

EVA. Tiene un hermoso color rojo.

LA SERPIENTE. Se llama rojo-manzana. Un color único.

¿Ves el brillo? También único. Pero lo más importante...

ADAN. ¡Cállate!

LA SERPIENTE. ¡Es una fruta maravillosa!

ADAN. Eres engañosa, Serpiente. No te conozco, pero me hablaron de ti.

EVA. De ti se hablan cosas atroces.

LA SERPIENTE. Estoy habituada.

EVA. Dicen que eres la más astuta y malévola de las alimañas del jardín.

LA SERPIENTE. ¿Sabes por qué lo dicen?

ADAN. Debe ser cierto.

LA SERPIENTE. Pronto aprendí, la vida no es lo que él nos hace creer.

EVA. ¿Lo estás llamando mentiroso?

ADAN. ¡Atrevida!

LA SERPIENTE. Mi lengua es libre. Hablo de lo que me place. Es déspota, autoritario, y lo peor: cínico. Quiere que hagamos lo que le dicta su testarudez, llevarnos a la categoría del vegetal.

ADAN. Le debemos pleitesía. Es el dueño del jardín.

LA SERPIENTE. A esta oscuridad, ¿le llamas jardín? Por vivir en este horror, ¿debemos estar agradecidos?

ADAN. *(Asustado.)* Te pueden oír...

EVA. No entiendo, Serpiente, ¿cómo eres tan libre?

LA SERPIENTE. Aquí está la manzana. Su color es hermoso, pero la clave no está en el color. Su brillo es atrayente, pero lo importante no es el brillo. Su sabor es único, pero tampoco es el sabor. *(A Eva.)* ¿Ya miraste tu cuerpo? *(Eva mira su cuerpo con asombro.)* Estás desnuda, seráfica Eva.

EVA. ¿Desnuda? *(A Adán.)* ¿Conoces esa palabra?

ADAN. Debe ser palabra dictada por la maldad.

EVA. *(A La Serpiente.)* ¡Explícate!

LA SERPIENTE. Aquí está la manzana. Ella es la única explicación.

ADAN. *(A Eva.)* Vamos. El debe saber que no estamos donde nos dejó.

LA SERPIENTE. Corran. Tiene mil ojos y mil orejas.

EVA. Espérate, Adán. Me atrae la manzana.

ADAN. Es una fruta prohibida.

EVA. Será por eso.

ADAN. ¡No empieces!

LA SERPIENTE. *(Burlándose.)* ¡Ay!, pobre mujer, no empieces con debilidades. No oigas a La Serpiente, es malvada, quiere destruirte.

EVA. En realidad, es una fruta hermosa.

LA SERPIENTE. Sólo propongo una mordida. Pequeña, leve, imperceptible mordida en su carne jugosa. Tu boca se llenará de savia dulce que bajará por tu garganta de modo muy suave. Te encenderás de placer. Luego, nada será igual. Es mentira que el manzano sea el árbol del bien y del mal. Es un manzano. Únicamente eso y es suficiente.

EVA. ¿Por qué él nos tiene prohibido acercarnos al árbol?

LA SERPIENTE. El placer es la mejor fuente de conocimiento.

ADAN. Tenían razón: astuta y maligna.

LA SERPIENTE. Me gusta la manzana. Gozo al comerla. Soy dichosa. En nada me parezco a ustedes, maniqués edénicos y aburridos para quienes vivir no es más que una sucesión de días largos e inútiles. Vivirán millones de años y al final no sabrán para qué.

PERSONAJES ROJOS

LA CIEGA
EL ADOLESCENTE
EL HIJO
ADAN
EVA
JOVEN BAILARIN
SARA
ABRAHAM
ISAAC
LA LECHERA
LA REPOSTERA
EL CAMPANERO
EL POETA CUBIERTO DE DARDOS
LA MUJER DE ALABASTRO
SODOMITA
JOB
NOBLES DE LA CORTE DE LUIS XVI
HOMBRES Y MUJERES DE LA DESTRUCCION

PERSONAJES VERDES

LA SERPIENTE
EVA JOVEN
ADAN JOVEN
ABRAHAM JOVEN
SARA JOVEN
EL OTRO ISAAC
EL CAMPANERO JOVEN
LA REPOSTERA JOVEN
EL JOVEN POETA CUBIERTO DE DARDOS
LA MUJER JOVEN DE ALABASTRO
JOB JOVEN

PERSONAJES NEGROS

LA MADRE
EL ANGEL
SEPULTURERO 1
SEPULTURERO 2
HERALDO
LA VOZ

EPISODIO PRIMERO

Se escucha la campanilla de un leproso. Entran, con aspecto fatigado, La Ciega y El Adolescente. El, casi desnudo, lleva la campanilla al cuello; ella va muy arropada. Portan cayeros.

LA CIEGA. ¿Te parece buen paraje para pasar la noche?

EL ADOLESCENTE. No. Lo mejor es un techo y una cama.

Ahora me acuerdo del jardín.

LA CIEGA. ¿Nunca llegaremos? Hace frío.

EL ADOLESCENTE. Tengo calor.

LA CIEGA. Te encanta contradecirme.

EL ADOLESCENTE. Me encanta tener mi propia experiencia.

LA CIEGA. ¿Dónde quedará?

EL ADOLESCENTE. Veo un resplandor, si no es fuego, es la ciudad.

LA CIEGA. Imposible.

EL ADOLESCENTE. ¿Alguna vez intentaste ir?

LA CIEGA. Tengo mala memoria para los malos recuerdos.

EL ADOLESCENTE. ¿Te ayudo?

LA CIEGA. Gracias. Sé cómo dominar el camino.

Tienden mantas en el suelo. Se sienta ella: él se acuesta.

LA CIEGA. *(Suspirando.)* ¡Larga noche!

EL ADOLESCENTE. Hace años que no amanece.

LA CIEGA. Si ésta fuera la noche de la llegada, yo sería la mujer más feliz.

EL ADOLESCENTE. No te inquietes. Llegaremos en el momento de llegar.

LA CIEGA. ¡La ciudad! Dicen que no se parece a ninguna otra.

EL ADOLESCENTE. ¿Conociste a alguien que la haya visto?

LA CIEGA. Mi padre. Fue una vez. Luego lloró toda la vida por ella. Hasta después de muerto le corrían las lágrimas por las mejillas. ¡Que vengan a decirme que los muertos no sienten nostalgia! *(Transición.)* Se me cierran los párpados.

EL ADOLESCENTE. No tengo sueño.

LA CIEGA. *(Durméndose.)* Te encanta contradecirme.

EPISODIO SEGUNDO

La Madre hila. El Hijo prepara un atado de ropas. Ella lo mira, interrumpe la labor, se incorpora y cierra las ventanas.

EL HIJO. ¿Por qué cierras?

LA MADRE. La noche está húmeda. Te puede hacer daño.

EL HIJO. No tengo sueño.

LA MADRE. Es hora de dormir. Si quieres, te canto una nana.

EL HIJO. Puedo decidir la hora de acostarme.

LA MADRE. Los hijos no crecen. *(Vuelve a hilar.)*

EL HIJO. A veces te odio.

LA MADRE. *(Tirándolo a broma.)* ¡Este muchacho!

EL HIJO. A veces quisiera matarte con estas manos. Así. *(Hace acción de estrangular a alguien.)*

LA MADRE. Acuéstate. Cierra los ojos.

EL HIJO. ¡Déjame solo!

LA MADRE. Debo velar tu sueño.

EL HIJO. ¿Qué harás mientras yo duerma?

LA MADRE. Hilaré. Miraré cómo duermes.

EL HIJO. No voy a dormir, voy a huir.

LA MADRE. *(Tirándolo a broma.)* ¡Este muchacho!

EL HIJO. No quiero tener pesadillas.

LA MADRE. *(Muy dulce, muy sabia.)* Vivir es una pesadilla.

EL HIJO. ¿Sueño? ¿Estoy despierto?

LA MADRE. Las dos cosas, hijo, las dos cosas.

EVA. (A Adán. *Confidencial.*) Puede que tenga razón.
ADAN. Si no coincide con él, no tiene razón.
LA SERPIENTE. Aquí está la manzana: roja y saludable.
ADAN. ¡No la toques!
EVA. (Tomándola.) Su forma es casi redonda.
LA SERPIENTE. Casi perfecta.
ADAN. ¡No la muerdas si no quieres perderte! Lo bello siempre es causa de perdición.
EVA. Repites lugares comunes.
LA SERPIENTE. La belleza tiene un precio, Adán, no seas ingenuo.
EVA. (Ajena a Adán y a La Serpiente.) Sí, la manzana es hermosa. Puedo darle una mordida pequeñita...
ADAN. (Asustado.) ¡Mujer, él todo lo ve y todo lo oye!
EVA. Roja, pulida, brillante... Invita a los labios. Anuncia placeres. (Se lleva la manzana a los labios.)
ADAN. ¡No!
LA SERPIENTE. ¡Sí! Empieza a vivir.

Eva muerde la manzana. Adán cae, aterrado, de rodillas. La Serpiente suspira de alivio.

EVA. ¡Qué delicia! Maravilloso. No lo puedo explicar. Además, lo maravilloso no merece explicación. (Mirando su cuerpo.) Tienes razón, estoy desnuda. Mi piel es blanca, tersa. Mira, senos bien dibujados, simulan manzanas. La cintura... El vientre... ¿Te fijaste, Adán, qué hermoso baja el vientre? (Transición.) Yérguete, prueba la manzana, no seas cobarde.
ADAN. Tengo miedo.
EVA. Unos instantes de gozo, ¿no valen una vida de miedo? No seas cobarde.
ADAN. ¿Y si nos destruye?
EVA. Habremos muerto dichosos. ¡Muerde!

A pesar de su horror, Adán muerde la manzana.

ADAN. (Irguiéndose. Como si despertara.) ¡Debías haber venido antes, Serpiente. ¿Te fijaste, Eva, qué robusto mi cuerpo? ¡Cuántos volúmenes, cuántas formas!
LA SERPIENTE. Tóquense. Muérganse. Ahora las manzanas son ustedes.
EVA. (Abrazando a Adán.) Nos expulsarán del jardín.
ADAN. (Abrazándola.) Da lo mismo. Tengo tu cuerpo, tienes el mío. El jardín es un lugar triste.
LA SERPIENTE. Aquí está la manzana. Hay cientos en el árbol. Bellas, apetitosas.

Se escucha un trueno.

EPISODIO CUARTO

En proscenio, La Madre está de rodillas. Una vela encendida en sus manos.

LA MADRE. ¡Señor!

VOZ. ¿Quién eres?

LA MADRE. Una madre.

VOZ. ¿Qué le ocurrió a tu hijo?

LA MADRE. Escapó.

VOZ. ¿No había rejas en tu casa?

LA MADRE. Aproveché un descuido. Ayúdame.

VOZ. Todas iguales. Se les ablanda el corazón y acuden pidiendo ayuda. ¿Lo quieres vivo?

LA MADRE. Como sea.

VOZ. ¿Y si lo consigues muerto?

LA MADRE. Lo sentaré muerto en su sillón preferido. Me haré la idea de que duerme. Velaré porque su carne se corrompa del modo más sano. Vigilaré, y cuando los ojos salten, correré a tomarlos. Lavaré a diario las llagas que se abran en su piel. Muerto o vivo, un hijo es un hijo.

VOZ. ¿Y si lo consigues vivo?

LA MADRE. Lo encadenaré. Manos y pies. Le pondré grilletes. Quiero salvarlo.

VOZ. Busca a tu hijo, mujer. Sávalo. Donde menos lo pienses, un placer acecha. El placer debilita y destruye. Te enviaré al mejor de mis ángeles. Acógelo, ten confianza en él. Te ayudará.

Música de órgano. Un Ángel desciende.

EL ANGEL. La maldición cayó sobre la Tierra. Una vez más los hombres se creyeron fuertes y libres. Trataron de olvidarse del dolor, de la muerte. Quisieron que la vida fuera como en los tiempos dichosos del jardín. Un hijo huye de su madre. Una ciudad se entrega al vicio. Hay que limpiar, arrasarse con lo dañino. Una vez fue un diluvio; otra, una lluvia de azufre. Ahora seremos nosotros con nuestras manos y nuestra bondad. Arrasemos. Por el bien del hombre, esa criatura frágil e indefensa. Castiguemos con amor, matemos con amor. Conviértamos este prado, regalo para los sentidos, en un desierto blanco donde sea imposible perderse en ensueños y gozos inútiles. Vamos, mujer, la destrucción del mundo comienza cuando un hijo huye de su casa.

Trueno y música de órgano.

EPISODIO QUINTO

Estruendo de trompetas. Un Herald.

HERALDO. A partir de la publicación del presente decreto, queda terminantemente prohibido beber agua fresca, cantar en los lindes del bosque, cocer y condimentar alimentos, acariciar un cuerpo vivo o muerto, conmoverse con niños menores de quince años, ascender a las copas de los árboles, aspirar cualquier perfume natural, dormir a la orilla de los ríos, suspirar al claro de luna. Toda persona descubierta con mirada de paz o de gozo será debidamente juzgada y condenada.

EPISODIO SEXTO

Un Joven Bailarín baila al son de una graciosa música de flauta. Baile de exaltación y gozo. El cuerpo se alegra de ser cuerpo. La música y su cuerpo: sólo eso le importa en ese

instante. Luego, se oye descarga de fusilería. El Joven Bailarín cae muerto.

EPISODIO SEPTIMO

Tres hombres y dos mujeres sucios, desgarradas las ropas, entre las ruinas. Llevan objetos inexplicables e insólitos salvados de una catástrofe. En otro lugar La Madre hila y El Angel, a su lado, extiende las alas. Se escucha un estruendo.

LA MADRE. ¿Qué fue eso?

EL ANGEL. La ciudad, señora. Fue destruida.

LA MADRE. Demasiado estrépito para cosa tan sana.

HOMBRE 1. ¡Qué derrumbe! ¡El mundo se viene abajo!

MUJER 1. ¡Qué desgracia! ¿Por qué debe tocarnos esta desgracia?

HOMBRE 2. Yo estaba calentando la cama de mi esposa y sentí que el cielo se caía.

EL ANGEL. Una ciudad no se destruye sin un gran estruendo.

LA MADRE. En silencio hubiera sido mejor.

HOMBRE 3. Yo llegaba del campo. No tuve tiempo de quitarme las botas.

MUJER 2. Yo abrazaba a mi hijo. Los dos teníamos fiebre.

MUJER 1. Yo me daba un baño de pétalos de violetas. Cantaba. Después miré el cielo blanco de estrellas.

HOMBRE 1. Nada parecía augurar una catástrofe.

LA MADRE. Nada, una catástrofe.

EL ANGEL. Las catástrofes no se anuncian.

HOMBRE 2. Oí graznar un cuervo.

HOMBRE 3. Los cuervos graznan cuando están enamorados.

MUJER 2. El cielo se ilumina.

MUJER 1. Es una lluvia de estrellas.

HOMBRE 1. ¡Un relámpago!

HOMBRE 2. La noche se abre en dos.

HOMBRE 3. La tierra tiembla.

MUJER 1. Mi casa ardió.

MUJER 2. La mía saltaba en pedazos.

HOMBRE 1. Los edificios se doblaron como si fueran de papel.

EL ANGEL. No eran edificios, sino un poco de polvo.

HOMBRE 2. El techo de mi casa se perdió en la noche.

HOMBRE 3. Ya no tengo ni recuerdos.

EL ANGEL. La ciudad se deshizo con facilidad increíble.

LA MADRE. Construir es arduo. Para destruir, basta con un suspiro de mal aliento. (Transición.) ¿Por qué hubo infortunados que sobrevivieron?

EL ANGEL. Las catástrofes necesitan sobrevivientes. Si no, ¿quién saca las consecuencias morales?

MUJER 1. Vi una pared sepultar a mi hijo.

MUJER 2. ¿Dónde está mi familia?

HOMBRE 1. Mi hermano fue a salvarme y cayó a un precipicio.

HOMBRE 2. Perdí a los míos en una neblina de polvo.

HOMBRE 3. Anduve horas perdido. Todavía estoy perdido.

LA MADRE. (Suspirando. Muy triste.) ¡Ya no existe la ciudad!

EL ANGEL. No se asombre, señora, era mortal.

LA MADRE. Ni me asombro ni me alegro. Sé que es bueno que lo corrompido desaparezca. (Pausa breve.) Y mi hijo, ¿sabes algo de mi hijo?

EPISODIO OCTAVO

El camino. El Adolescente y La Ciega. Entra El Hijo.

EL HIJO. Buenas noches.

LA CIEGA. Dios te oiga.

EL HIJO. ¿Van lejos?

EL ADOLESCENTE. Ojalá supiéramos.

EL HIJO. ¿Sabes la hora?

EL ADOLESCENTE. No importa.

EL HIJO. ¿Dónde estamos?

LA CIEGA. Como estar estar, en ninguna parte.

EL HIJO. ¿Tienen ganas de jugar?

EL ADOLESCENTE. Decimos la verdad. No estamos en ninguna parte.

EL HIJO. Tengo hambre.

LA CIEGA. ¿Hambre? No menciones esa palabra.

EL ADOLESCENTE. Andas huyendo de tu madre.

EL HIJO. ¿Cómo lo sabes?

EL ADOLESCENTE. Uno siempre está huyendo de su madre.

EL HIJO. Quiero llegar a la ciudad. Dicen que es una ciudad hermosa. Díganme, ¿está bien el camino que elegí?

LA CIEGA. Uno nunca elige el camino.

EL ADOLESCENTE. Es el camino quien elige.

LA CIEGA. Ven con nosotros. Me parece que te conozco desde hace años.

EL ADOLESCENTE. ¿Vamos?

EL HIJO. Voy.

LA CIEGA. Todo camino plantea una dificultad.

EL ADOLESCENTE. Andar o detenerse. Ahí está el misterio. No sabemos a dónde vamos. Sin embargo...

LA CIEGA. ...hay que tener una certeza: cualquiera sea el lugar al que lleguemos...

EL ADOLESCENTE. ¡...ése es el lugar! ¿Entendido?

EL HIJO. ¿Te ayudo?

EL ADOLESCENTE. Mis pies bastan. No llevo nada salvo mi cuerpo. Deja ahí tu lío de ropa.

LA CIEGA. Hay que ir al camino lo más ligero posible. ¿Llevas algún retrato de tu madre?

EL HIJO. No.

LA CIEGA. Haces bien. A las madres, cuando se las entierra, se las entierra.

EL ADOLESCENTE. No será un camino fácil.

EL HIJO. No importa. ¡Con tal de encontrar la felicidad!

LA CIEGA. (Sorprendida.) ¿Qué dijiste?

EL HIJO. La felicidad.

EL ADOLESCENTE. (Turbado.) Mira hacia delante. Cuando uno avanza, sólo mira hacia delante. Distraerse es perder el rumbo. Vamos. Un pie primero; otro después...

LA CIEGA. Es difícil y no queda otro remedio.

Salen.

EPISODIO NOVENO

La Madre hila. El Angel la peina.

- LA MADRE.** Déjame. Me duele la cabeza. Quiero dormir.
EL ANGEL. Ya durmió bastante.
LA MADRE. Anoche soñé que destruí una ciudad. Yo estaba aquí mismo, hilando, como siempre, y se me presentaba una figura luminosa. Vestía uniforme extraño, medallas de luz. Si hubieras oído su voz... Me dijo: "Algo sobra en el mundo." Al principio me asusté. Tú sabes, esos sueños así, tan vívidos... Me sentí llena de poder.
EL ANGEL. La señora está llena de poder.
LA MADRE. "Algo sobra", dijo. No sé por qué pensé en la ciudad. Me levanté del sillón. En sueños, digo, me levanté. Había un ejército allá afuera. Alcé la mano, di la orden.
EL ANGEL. La ciudad se vino al suelo.
LA MADRE. Triste y no obstante necesario.
EL ANGEL. Nadie es feliz por destruir una ciudad.
LA MADRE. Lo hice con dolor, créeme.
EL ANGEL. Que no se diga nunca que la señora vaciló.
LA MADRE. No fui cobarde.
EL ANGEL. Espante la tristeza.
LA MADRE. Me apenan los muertos.
EL ANGEL. De todos modos iban a morir. Usted sólo adelantó un momento inevitable de la vida.
LA MADRE. ¡Qué sueño raro!
EL ANGEL. ¡Señora!
LA MADRE. ¿Qué?
EL ANGEL. No fue un sueño.

EPISODIO DECIMO

La Lechera. Al hombro su cántaro de leche.

- LA LECHERA.** Escuchen, reyes; pongan atención, príncipes. Traigo la mejor leche de la comarca. Es la leche de mis vacas, las más grandes, las que pastan sólo violetas y margaritas. La leche de mis vacas sabe a flores, a amanecer, a primavera, a muchacha enamorada. Untada en la piel, sana las heridas del cuerpo; bebida, sana las heridas del alma. La leche de mis vacas tiene poderes milagrosos. Untada en los senos, hace parir hermosos muchachos; en las axilas, despierta el amor en el desdén. Escuchen, reyes; pongan atención, príncipes. La leche de mis vacas es una jarra de felicidad. Hace olvidar el infortunio. Cura el insomnio y la lepra, y el dolor de muelas. Al pequeño lo hace crecer; al gigante, le permite sentirse dichoso con su tamaño sobrenatural. Corran, no tarden. Sólo tengo este cántaro. Del mundo entero reclaman la leche de mis vacas, las mejores de la comarca.

Se escucha una descarga de fusilería. La Lechera cae muerta. El cántaro se rompe.

EPISODIO DECIMOPRIMERO

El camino. El Hijo. El Adolescente. La Ciega duerme.

- EL HIJO.** Escampó.

- EL ADOLESCENTE.** No me había dado cuenta. Mi cuerpo esta acostumbrado a la lluvia.
EL HIJO. ¿Por qué llevas campana si no eres leproso?
EL ADOLESCENTE. Hay muchos tipos de lepra.
EL HIJO. ¿Qué edad tienes?
EL ADOLESCENTE. (Con cansancio.) ¡Mil años!
EL HIJO. (Riendo.) Aparentas menos edad. (Transición.) ¿Tú también huyes de tu madre?
EL ADOLESCENTE. No conocí a mi madre. Dicen que se parecía a mí.
EL HIJO. ¿De qué murió?
EL ADOLESCENTE. ¿Es verdad que no llueve?
EL HIJO. ¿Cuándo saliste al camino? (El Adolescente hace gesto de que es mucho tiempo.) A veces me desespero.
EL ADOLESCENTE. Dichosos los que nos desesperamos.
EL HIJO. Cuéntame, ¿cómo es el camino?
EL ADOLESCENTE. Traicionero. Te crees que vas a un lado y vas a otro.
EL HIJO. ¿Nunca se llega? (El Adolescente se encoge de hombros.) ¿Cómo sabes tanto?
EL ADOLESCENTE. Probé las frutas de los árboles. Las dulces y las amargas. Aprendí a tocar la flauta y encender fuego con ramas. Aprendí a dormir bajo la lluvia. También aprendí a amar.
EL HIJO. Siento envidia.
EL ADOLESCENTE. (Extrañado.) ¿Por qué?
EL HIJO. Mi vida se puede contar en dos palabras.

Instrumento de tortura. Junto a él, La Madre con sogas y disciplinas. El Hijo va donde ella.

- LA MADRE.** Despierta. Va a amanecer.
EL HIJO. Quisiera seguir durmiendo.
LA MADRE. Mal andaríamos si el sueño nos dominara.
EL HIJO. Tenía un sueño hermoso.
LA MADRE. Son los peores. Debilitan.
EL HIJO. ¿Me dejarás ir al campo?
LA MADRE. No.
EL HIJO. Quiero correr por el prado. Tirarme en la yerba. Bañarme en el río.
LA MADRE. No sabes lo que estás pidiendo.
EL HIJO. Déjame. Un minuto.
LA MADRE. Acércate.

Dócilmente, El Hijo acude. La Madre lo ata al instrumento de tortura.

- LA MADRE.** Hijo mío, quiero lo mejor para ti. (Hace accionar el instrumento.) Lo hago por tu bien. Algún día me agradecerás. El sufrimiento, el dolor, el sacrificio: te harás hombre. Olvídate de las noches de luna; del sabor del pan; del vino, que enloquece; del deseo, que degrada; del campo; de la brisa; del amor. ¡Qué melancólico eres! ¡Qué tristeza veo siempre en tus ojos! Aprende de la tristeza. Aprende de todo lo que te falta y nunca -¡nunca!- vas a tener. Aquí, un vaso de agua: no lo podrás beber.

Aquí, una manzana: no la podrás comer. Aprende, hijo mío, que las pasiones no puedan contigo.

La Madre desaparece. El Adolescente se acerca a El Hijo. Le enjuga la sangre, le acaricia la espalda. Besa las heridas. Lo desata.

EL HIJO. ¿Viste mi espalda? Es sólo mi cuerpo, lo de menos. Te mostré un día feliz.

EL ADOLESCENTE. ¿Por qué no escapaste antes?

EL HIJO. Lo intenté. No pude. Donde menos esperas hay un espía para contarlo.

EL ADOLESCENTE. Vivir...

El Hijo pone una mano sobre la boca de El Adolescente para impedirle continuar la idea. Aparece La Serpiente y da una manzana a cada uno.

LA SERPIENTE. Vivir es comer esta manzana.

EPISODIO DECIMOSEGUNDO

Abraham está sacando filo a un cuchillo. Sara enciende una vela. Isaac duerme.

SARA. ¿Qué noche oscura! ¿No pensará amanecer?

ABRAHAM. Da lo mismo.

SARA. ¡Deja el cuchillo!

ABRAHAM. Debe estar perfecto, entrar en la piel sin que se sienta.

SARA. El va a arrepentirse.

ABRAHAM. No lo conoces.

SARA. El sólo quiere probar tu fidelidad.

ABRAHAM. No. Sabe el placer que mi hijo me provoca. Sabe que me gusta verlo crecer, se van endureciendo sus músculos, su mirada pasa de la perplejidad a la inteligencia. Sara, si vieras a Isaac pastoreando el rebaño... Si lo vieras subir las cabras por la cuesta... No. Sabe el placer que me provoca mi hijo. Que lo miro como si yo me mirara en el espejo del recuerdo. Desde que mi hijo nació me siento eterno, y lo sabe y no lo perdona.

SARA. Humíllate, Abraham. Arrodíllate en algún rincón donde te oiga, dile que nuestro hijo nunca significará lo que él.

ABRAHAM. Estoy cansado de tanta mentira.

SARA. Se trata de salvar a Isaac.

ABRAHAM. Me cansé.

SARA. Cánsate. Para eso eres hombre. No hablo de tu cansancio, sino de ese muchacho lleno de vida.

ABRAHAM. (*Acariciando a Isaac.*) ¿Lo viste dormir? Duerme como pastorea: con los músculos en tensión. Lo único que duerme son los ojos. El cuerpo sigue despierto. Hoy lo vi. En la plaza, cortejando a una muchacha. Parecía un enviado del cielo, con dos piernas tan robustas que sentí envidia. ¿Te acuerdas de mis piernas, Sara? Me fui solo con las cabras, y tuve la mala idea de invocarlo. Señor, salva a mi hijo del espanto. Ayúdalo a él. No lo hagas sufrir.

VOZ. Abraham...

ABRAHAM. Heme aquí.

VOZ. Toma a tu hijo, a tu unigénito, al que tanto amas, Isaac, y vete a la tierra de Moría. Ofrecélo allí en holocausto.

Pausa.

ABRAHAM. Fue como si me hicieran así... (*Apaga la vela con los dedos.*)

SARA. ¿Qué le dijiste? ¿Por qué no replicaste? A veces viene bien una blasfemia.

ABRAHAM. Tú no lo conoces.

SARA. Quiere probar tu fidelidad.

ABRAHAM. Quiere acabar con mi dicha.

SARA. ¡Rebélate! Destroza el cuchillo. Gritale. No puede acabar con un cuerpo que no ha sudado lo suficiente.

ABRAHAM. Tiene el poder.

SARA. Siempre fuiste de acero.

ABRAHAM. Tenía fe.

SARA. Perdiste la fe en él; recupera entonces la fe en ti, la que nunca debiste perder.

ABRAHAM. Fe, mentira, cansancio...

SARA. ¡No vas a matar a mi hijo, Abraham!

ISAAC. (*Despertando.*) ¿Amaneció?

ABRAHAM. No, hijo, no va a amanecer nunca. ¡Levántate!

SARA. Sigue durmiendo, Isaac.

ISAAC. Tuve un sueño extraño. (*Pausa breve.*) Voy a beber agua y los odres están vacíos. Abro el paño donde mamá guarda el pan y encuentro un poco de tierra. Es de noche. Esta noche oscura, de lluvia, sin viento. Tengo calor. No sudo y sin embargo no puedo soportar el calor. Voy al río. ¿Qué creen que encuentro? Arena. Y más allá arena. Y las cabras están en los esqueletos, aunque los cencerros suenan.

SARA. Sigue durmiendo.

ABRAHAM. Lávate la cara. Vamos.

ISAAC. Ahí no termina. Hoy estuve hablando con una muchacha que me dejó aturdido. La veo también en el sueño. Viene por el desierto. Corro hacia ella. No tengo que hablarle. Sin darme cuenta estamos los dos sobre la arena, pero cuando miro bien no es la muchacha, sino un cuerpo perdido.

SARA. Es demasiado temprano, Isaac.

ABRAHAM. No, hijo, no hay peor enemigo del cuerpo que la cama.

ISAAC. (*Sin prestar atención.*) Vuelvo a la casa corriendo, para verlos a ustedes. Papá y tú discuten, no sé por qué. Papá afila ese cuchillo. Pregunto: ¿Para qué quieres el cuchillo?

ABRAHAM. Para ti.

ISAAC. ¿Quieres matarme?

ABRAHAM. Alguien se empeña en que no seamos dichosos.

ISAAC. ¿Qué le hicimos para ese odio?

ABRAHAM. Saber que la vida no es terrible.

ISAAC. Mátame mañana. Quisiera conocer a la muchacha de hoy, dejarle en el cuerpo lo que hay dentro de mí y que me sobra.

ABRAHAM. No, después no querías morir.

ISAAC. ¡Huyamos!

ABRAHAM. Es lo mismo. ¡Arrodíllate!

Isaac se arrodilla. Abraham levanta el cuchillo. Sara trata de interponerse. Abraham clava el cuchillo en la espalda de Isaac.

SARA. ¡Asesino!

ISAAC. (Cayendo.) No te preocupes, mamá. Es un sueño.

EPISODIO DECIMOTERCERO

Dos Sepultureros cavan la tierra.

SEPULTURERO 1. ¡Tiempos difíciles!

SEPULTURERO 2. ¡Cuánta pudrición!

SEPULTURERO 1. Me canso de tanta carroña.

SEPULTURERO 2. ¡Oficio de aura tiñosa!

SEPULTURERO 1. Cava en la tierra. Saca podredumbre. Esconde podredumbre... Por unos centavos.

SEPULTURERO 2. Ahora resulta que me pongo melindroso. Me molesta la peste, los gusanos, esas bocas sin labios...

SEPULTURERO 1. Conozco mejor a un cadáver que a mi propia mujer.

SEPULTURERO 2. Tampoco es que tu mujer sea superior a un cadáver.

SEPULTURERO 1. ¡Vete al carajo!

SEPULTURERO 2. (Alzando unos intestinos.) ¡Mira! No sé de quién son.

SEPULTURERO 1. Da lo mismo. Tíralos por ahí.

SEPULTURERO 2. Te lo juro, cuando llego a casa y me miro al espejo, veo sangre, pus... Las moscas no me dejan tranquilo.

SEPULTURERO 1. Tengo que bañarme dos y tres veces. La peste se me pega a la piel. El muerto soy yo.

SEPULTURERO 2. Tampoco es mentira.

SEPULTURERO 1. ¡Vete al carajo!

SEPULTURERO 2. Si no fuera porque de tiempo en tiempo se encuentra algo...

SEPULTURERO 1. (Sacando una dentadura.) Esto lo encontré hoy. Es linda, ¿no?

SEPULTURERO 2. (Sacando un fémur.) Con esto me pienso hacer una pipa.

SEPULTURERO 1. Anoche, a punto de irme, trajeron una muchachita todavía caliente. Tenía el pelo color avellana, y como no pudieron cerrarle los ojos, me quedé fascinado con aquellas dos cuentas de ámbar. Los labios, un poco pálidos, pero lindos. ¡Qué piel! La tomé por la barbilla y le dije algunas cosas para que se fuera contenta. La enterré desnuda. En aquel cuerpo la ropa podía ser un insulto. Me contuve. Los muertos son los muertos.

SEPULTURERO 2. ¡Ni que fuera la primera vez!

SEPULTURERO 1. Por lo menos respeto a los niños. No soy como otros.

SEPULTURERO 2. Al fin y al cabo ellos están muertos.

SEPULTURERO 1. ¿Y nosotros vivos? ¡Tienes cada cosas! Aquí nos mataron a todos.

LA MADRE. ¡Buenas noches!

SEPULTURERO 1. Mujer, ¿qué buscas en este lugar?

SEPULTURERO 2. Este sitio no es para vivos.

LA MADRE. Busco a mi hijo.

SEPULTURERO 1. Hemos enterrado a tantos hijos...

SEPULTURERO 2. Doscientos muchachos buenos mozos. Estaban llenos de vida, ahora están llenos de muerte.

SEPULTURERO 1. Hubo una batalla cerca.

SEPULTURERO 2. ¿Cómo es tu hijo?

LA MADRE. Hermoso pero rebelde.

SEPULTURERO 1. Todos eran hermosos y rebeldes.

SEPULTURERO 2. ¿Alguna señal especial?

LA MADRE. Gesto de orgullo en los labios.

SEPULTURERO 1. Todos tenían gesto de orgullo en los labios.

SEPULTURERO 2. Que irá desapareciendo con el paso de los días. Y valga la aclaración.

LA MADRE. Mi hijo tiene los ojos altivos y la mirada de sabio.

SEPULTURERO 1. Señora, al hombre más humilde, al más imbécil, cuando muere, se le ponen los ojos altivos y la mirada de sabio.

LA MADRE. Mi hijo tiene paso de rey.

SEPULTURERO 2. Eso sí...

SEPULTURERO 1. Aquí nadie entra por sus propios pies.

La Madre hace gesto a El Angel. Este saca una bolsa de monedas que lanza a Los Sepultureros.

LA MADRE. Voy a mirar entre los muertos.

SEPULTURERO 1. Está contra la ley del Estado.

LA MADRE. El Estado soy yo.

El Angel lanza otra bolsa de monedas.

SEPULTURERO 2. No hay duda, señora. El Estado es usted.

LA MADRE. Gracias. Dios los tendrá en cuenta.

SEPULTURERO 1. ¿Le parece?

LA MADRE. Ustedes son dos santos que completan su obra.

SEPULTURERO 2. Ver los cadáveres no es lo que se dice un lindo espectáculo.

LA MADRE. Soy de mármol si de buscar a mi hijo se trata.

La Madre comienza a buscar entre los cadáveres.

EL ANGEL. Necesitamos la ayuda de dos hombres fuertes, familiarizados con la parte sana de la vida. Serán bien pagados.

SEPULTURERO 1. ¿Cuál es el trabajo?

EL ANGEL. Purificar.

SEPULTURERO 2. Nadie mejor que nosotros.

EL ANGEL. Deben cumplir órdenes sin discutirlos.

SEPULTURERO 1. Las órdenes contantes y sonantes no se discuten.

EL ANGEL. (Lanzando otra bolsa de monedas.) Se cierran los ojos y las bocas. Sólo las manos deben actuar.

SEPULTURERO 2. Lo que sabemos hacer.

SEPULTURERO 1. (Señalando a La Madre.) ¿Y ella?

EL ANGEL. Una pobre madre abandonada.

Música de órgano. Entra La Madre seguida por El Angel.

SEPULTURERO 2. ¿Cuándo comenzamos?

EL ANGEL. Ya.

LA MADRE. (Conmovida.) ¡Qué muertos tan bellos! No encontré a mi hijo, aunque siento como si todos lo fueran.

Música de órgano.

EPISODIO DECIMOCUARTO

El Hijo está en el camino. Entran La Repostera y El Campanero, que llevan cilicios.

EL HIJO. ¡Buen día nos dé Dios!

LA REPOSTERA. ¿De qué día hablas?

EL HIJO. Del que habrá.

EL CAMPANERO. No te hagas ilusiones.

LA REPOSTERA. (Confidencial.) Se comenta que destruyeron el poco sol que quedaba.

EL HIJO. Hay una ciudad...

EL CAMPANERO. (Interrumpiéndolo.) Nada. Saltó en pedazos.

LA REPOSTERA. Ya no hay ciudad, sino un amasijo de cadáveres y recuerdos.

EL HIJO. ¿A dónde van?

EL CAMPANERO. A ninguna parte.

LA REPOSTERA. No hay dónde ir. (Transición.) Y tú, ¿estás huyendo de tu madre?

EL CAMPANERO. Tienes ojos de pájaro en jaula.

EL HIJO. Quiero tener mi propia vida, ser libre, feliz.

EL CAMPANERO. Sí, nosotros fuimos jóvenes.

EL HIJO. ¿Hace mucho que andan?

EL CAMPANERO. Eso no importa.

LA REPOSTERA. Llega un momento en que el tiempo es el camino.

EL HIJO. ¿Conocieron la ciudad?

EL CAMPANERO. La ciudad no es ningún lugar.

EL HIJO. ¿Quién los castigó?

LA REPOSTERA. (Se encoge de hombros.) Los que castigan no tienen cara.

EL CAMPANERO. Una noche, mientras dormíamos, la casa ardió. Cuando despertamos...

LA REPOSTERA. ...sí es que despertamos...

EL CAMPANERO. ...ya teníamos estos cilicios...

LA REPOSTERA. ...y el camino por delante.

EL HIJO. ¿De qué los acusan?

EL CAMPANERO. No se sabe.

LA REPOSTERA. Tengo una sospecha.

EL CAMPANERO. Tengo otra.

LA REPOSTERA. No estamos seguros. Como ves, estar seguro es lo más difícil del mundo.

EL CAMPANERO. No hay quien me quite de la cabeza que fue por los dulces.

LA REPOSTERA. Y a mí que fue por las campanas.

EL CAMPANERO. ¡Mujer caprichosa!

LA REPOSTERA. ¡Las campanas se oían en varios kilómetros a la redonda!

EL CAMPANERO. Los dulces tenían más fama que las campanas.

LA REPOSTERA. Bueno, no importa. Llegó el castigo.

EL HIJO. ¡No entiendo!

EL CAMPANERO. Nosotros tampoco.

LA REPOSTERA. El es El Campanero, mi esposo. ¡Las campanas! El primer día que las oí, había salido a cortar un ramillete para adornar mi cabeza. Oí la primera campanada y pensé que me estaba elevando. ¿Y qué crees? Me estaba elevando. Como si tuviera alas. Volaba cerquita del cielo, y qué hermoso el campo y la ciudad... Me puse tan bella que mi madre no me reconoció. Mi vida comenzó a depender de las campanas. Nadie discutía, nadie se odiaba. Los moribundos se levantaban de sus lechos de muerte... ¡Las campanas! ¿No me crees? Tenías que haberlas oído.

EL CAMPANERO. (Confidencial.) En esa época, la felicidad entraba por el oído. ¡Campanas! ¿No es increíble? Cobre, estaño, algo de cinc y una mujer se eleva de la tierra. ¡Si pudiera volver a tañerlas! ¡Mirar a lo lejos cómo la música se une con la brisa y la gente sale de las casas a saludar el repique!

LA REPOSTERA. Alguien no quiso que se oyeran las campanas.

EL HIJO. ¿Por qué?

LA REPOSTERA. ¡Los hombres lloraban de alegría!

EL CAMPANERO. Las campanas no fueron la razón: fueron los dulces.

LA REPOSTERA. Mis dulces no podían competir con tus campanas.

EL CAMPANERO. De muy lejos venían ciegos, sordos, mudos, lisiados, a probar tu dulce. Y salían curados. (A El Hijo.) Mirala, vieja y fea... ¡La mejor Repostera! Su especialidad, el dulce de leche.

LA REPOSTERA. ¡Leche, canela, miel, un chorro de vino...!

EL CAMPANERO. Probabas el dulce y sanabas tu mal de amor y tu miedo.

EL HIJO. Es bueno que el hombre sane.

EL CAMPANERO. ¡Qué joven eres, muchacho!

LA REPOSTERA. (Suspirando.) ¡Nací con don para los dulces! (Confidencial.) La felicidad comienza por el paladar. Campanas, dulces. Se iluminan los ojos de tus amigos. Frente a mi casa debe haber una multitud de niños esperando por mí.

EL CAMPANERO. Alguien no quiso que se probaran los dulces.

EL HIJO. ¿Por qué?

LA REPOSTERA. No preguntes más.

EL CAMPANERO. Eres joven, pero no tanto.

LA REPOSTERA. ¡Ya aprenderás! (El Hijo hace ademán de preguntar. La Repostera impidiéndole hablar.) No, no sabemos.

EL CAMPANERO. No nos interesan los dulces ni las campanas...

LA REPOSTERA. ...sino deshacernos de estos cilicios y descansar.

La Repostera y El Campanero desaparecen tras una cortina de humo.

EPISODIO DECIMOQUINTO

Cuando el humo se disipa aparece El Poeta Cubierto de Dardos.

EL POETA CUBIERTO DE DARDOS. ¡Mirame! ¿Ves? No hay nadie. Óyeme, trata de oírme. Silencio. No me busques. No estoy en ningún lugar. ¿Soy una sombra?

Tampoco. (*Declama.*) "¡Y a mí, Señor, a mí no se me alcanza,/ en medio de la mar embravecida,/ jugar con la ilusión y la esperanza/ en esta triste noche de la vida!" (*Otro tono.*) Cada día viene alguien y se lleva algo. Oye el estruendo: destruyen la casa. Queman libros y papeles. Oye: están secando el manantial. Ayer envenenaron al perro. Gritan, ¿no lo sientes? Gritan: Vete. ¿Sabes por qué quieren que me vaya? Porque saben que no puedo, que no tengo a dónde ir. (*Confidencial.*) Mi único lugar es la página en blanco y la están quemando. La página en blanco: mi patria, mi territorio, lugar de sufrimiento y dicha. No te rías. No hagas tú lo mismo que ellos. ¡Amo las palabras! No existe mayor angustia ni mayor felicidad. ¡La palabra justa! Y ahora... ¡No tengo papel! ¡Tampoco manos! ¡Ni siquiera palabras! Se lo llevaron todo. A lo mejor tú sabes por qué me condenan, por qué me dejan en esta noche. ¿Sabes lo que dicen? ¡Oyelos! Que yo enveneno. ¿Cuál es el veneno? ¡Mis versos! Los hombres corrían a mi casa en busca de mis versos. ¡Yo se los daba a cambio de fruta, pan, un cazo de caldo! ¡Se iban cantando! Yo quedaba casi muerto, ¡qué cansancio!, y satisfecho. Y luego, otra noche afortunada, sin dormir, a la luz de la lámpara. A lo mejor tú sabes cuál es mi delito, por qué me trajeron a este lugar. Me duele el cuerpo. Con estos dardos no hay un solo verso que se deje dominar. Nadie. No soy nadie. Nadie. Silencio. Nadie. Silencio. Nadie...

El Poeta Cubierto de Dardos desaparece tras una cortina de humo.

EPISODIO DECIMOSEXTO

Cuando la cortina de humo se disipa, aparece La Mujer de Alabastro.

LA MUJER DE ALABASTRO. ¡Déjenme, voces! No molesten. Quiero dormir en paz. ¡Cállense! ¡No quiero saber nada de ustedes!

EL HIJO. ¿Qué tienes, mujer?

LA MUJER DE ALABASTRO. Las voces...

EL HIJO. ¿Qué voces?

LA MUJER DE ALABASTRO. ¿No oyes los gritos? ¡Me atormentan!

EL HIJO. El silencio es grande. Da miedo hablar.

LA MUJER DE ALABASTRO. ¡Oyelas! Hay una que grita más. Dice cosas horribles.

EL HIJO. ¿Qué quieren de tí?

LA MUJER DE ALABASTRO. Condenarme.

EL HIJO. Trata de descansar. Es sólo una pesadilla.

LA MUJER DE ALABASTRO. Me gritan. A toda hora me obligan a hacer cosas que no quiero.

EL HIJO. ¡Tu piel! (*Tocándola.*) ¡Qué piel tan hermosa!

LA MUJER DE ALABASTRO. (*Con terror.*) ¡Cállate! No hables de la piel.

EL HIJO. ¡Y qué bien huele: a sudor, a yerba, a intemperie!

LA MUJER DE ALABASTRO. Mi piel es la culpable. Mi piel y esas voces que no me dejan en paz.

EL HIJO. Esa piel no puede hacerte culpable. Déjame tocarte.

LA MUJER DE ALABASTRO. No. Déjame.

* Juan Clemente Zenea. "En días de esclavitud."

EL HIJO. Tu piel pide mi caricia.

LA MUJER DE ALABASTRO. Tampoco hables de caricias. Piel, caricias, manos. Siento el fuego. Subiendo el fuego. Llamas.

EL HIJO. Estás cansada. Acuéstate. Piensa en algo hermoso.

LA MUJER DE ALABASTRO. ¡Loco! (*En susurro.*) ¿Quieres lanzarme a la hoguera?

EL HIJO. Las voces no existen.

LA MUJER DE ALABASTRO. Son más reales que nosotros. ¿Te diste cuenta de que tienes piel? Yo lo sé desde niña. El primer contacto que recuerdo es con las sábanas. Luego viene la brisa. Me veo sentada en el patio, y la brisa en mi cuerpo, una y otra vez. Me llevan al río. Me baño desnuda. Mi piel es diez veces más sensible. Manos muy finas me acarician. Soy sólo piel. Descubro la miel de los panales. Voy al río con el tarro de miel. Salgo del agua, vierto miel sobre mi cuerpo. La miel corre por mis senos y muslos. Duermo allí, acariciada por la brisa, la yerba y la miel. Cuando amanece, una nube de mariposas vuela sobre mí.

EL HIJO. ¡No sabes cuánto te envidio!

LA MUJER DE ALABASTRO. Fue el comienzo. Descubrí mi piel, pero no la piel de los otros. Una noche dormí con mi hermana. Su brazo me rozó. Mi cuerpo despertó completo. Esa misma noche me fui de la casa. Apenas una adolescente. Salí al camino en busca del que quisiera tocarme y ser tocado. En plazas, bosques, posadas, cabañas. La gente se agolpaba para tocarme.

EL HIJO. ¿Fuiste feliz?

LA MUJER DE ALABASTRO. No. Es desvergonzado que una mujer se bañe desnuda en el río, se embadurne de miel, se tire sobre la yerba, se deje tocar por multitudes... Atentado contra las buenas costumbres.

EL HIJO. ¡Esas son las buenas costumbres!

LA MUJER DE ALABASTRO. (*Confidencial.*) Me acusan de hechicera.

EL HIJO. Ahora estás a salvo.

LA MUJER DE ALABASTRO. (*Aterrada.*) Alguien nos mira.

EL HIJO. Están dormidos.

LA MUJER DE ALABASTRO. Aun dormidos vigilan. ¡Tú no conoces a la noche...! (*Comienza a desaparecer tras una cortina de humo.*) Aun dormidos vigilan y no quieren que duerma, que descanse, no me dejan conocer la paz. Quieren acabar con lo más precioso que tengo: mi piel.

EPISODIO DECIMOSEPTIMO

Silenciosos, aparecen los Nobles de La Corte de Luis XVI. Ataviados como para una fiesta. Reverencias, gestos elegantes: se crea una escena digna de Watteau. En silencio bailan un minué. Hacia el fondo aparece una guillotina. Quedan inmóviles.

EPISODIO DECIMOCTAVO

El Adolescente, haciendo sonar su campanilla de leproso, predica a los inmóviles Nobles de La Corte de Luis XVI.

EL ADOLESCENTE. Distinguidos señores, la felicidad es el placer. Hay cuatro verdades indispensables. Primera: Dios no quiere que le tengamos miedo. Dios no se preocupa por el mundo ni por los hombres. ¿Y saben por qué? ¡Vive en la dicha perfecta! Segunda verdad: ¿Por qué torturarse por la muerte? Cuando nosotros estamos, ella no está; cuando ella está, nosotros no estamos. Tercera verdad: El placer se alcanza con mayor felicidad de la que creemos. Está al alcance de la mano. Tenemos los placeres del gusto, de la música, el que provocan las bellas imágenes, el que produce tocar un cuerpo hermoso, una tela agradable, la superficie del agua... ¡El placer del amor! El solo goce espiritual no basta. Mi espíritu está escondido en mi cuerpo, que también fue hecho para gozar. Cuarta y última verdad: El mal es breve. El dolor es sólo un instante en esa larga cadena de placeres que es la vida. *(Sale haciendo sonar su campanilla de leproso.)*

La luz se apaga lenta.

EPISODIO DECIMONOVENO

Los Sepultureros llevan sendos cofres.

SEPULTURERO 1. No veo la podrida hora de llegar a mi casa y jugar con mis hijos.

SEPULTURERO 2. A mi hija le llevo... *(Muestra la osamenta de una mano.)* Parece tallada por un artista.

SEPULTURERO 1. *(Sacando un cráneo.)* Mis hijos hacen títeres y máscaras.

SEPULTURERO 2. El mayor de mis hijos dice que cuando crezca será sepulturero. Le digo que se haga médico. Total...

SEPULTURERO 1. El mío será soldado. Estoy contento. Para entonces espero haberme retirado.

SEPULTURERO 2. ¿Tú crees que nos jubilen?

SEPULTURERO 1. ¡Con medallas! Que lo que se dice buen servicio...

SEPULTURERO 2. Estoy cansado.

SEPULTURERO 1. Yo también.

SEPULTURERO 2. A veces pienso: ¿y si Dios existe? *(El Sepulturero 1 hace gesto de no entender.)* Nos va a castigar. Comoquiera que sea, este trabajo no es muy limpio.

SEPULTURERO 1. En primer lugar, ¿quién mata si no Dios? En segundo, somos más limpios puesto que oculamos lo que él deja impudicamente a la intemperie.

SEPULTURERO 2. ¡Inteligente! Merecías ser hombre de Estado.

SEPULTURERO 1. Tengo hambre.

SEPULTURERO 2. Mis tripas están aullando.

SEPULTURERO 1. Uno con hambre y tanta carne desperdiciada.

SEPULTURERO 2. No me atrevo a comerla.

SEPULTURERO 1. Una vez lo hice y me cayó mal.

SEPULTURERO 2. ¿A qué sabe?

SEPULTURERO 1. A uno mismo. Es como si te dieras una mordida.

SEPULTURERO 2. Mi estómago no anda bien para comidas pesadas.

EPISODIO VIGESIMO

Los Sepultureros llegan donde La Madre. Ella está junto a la rueca, pero no hilá. Su expresión es grave y triste.

SEPULTURERO 2. Señora...

SEPULTURERO 1. Traemos su encargo.

LA MADRE. No tenían que apurarse.

SEPULTURERO 2. Es nuestro deber.

SEPULTURERO 1. En este cofre tiene los ojos de los jóvenes que enterramos hoy.

SEPULTURERO 2. En éste, las bocas.

SEPULTURERO 1. Verá cuántos sueños frustrados en las miradas fijas.

SEPULTURERO 2. ¡Cuántas sonrisas inútiles!

LA MADRE. *(Muy angustiada.)* ¡Sueños! ¡Sonrisas! Anoche estuve trabajando hasta tarde. Fui a la ventana. No importa que haya mandado a talar los árboles, me entristece mirar por la ventana, saber que el mundo existe y que en algún lugar un árbol esté retoñando. Por el camino venía una muchacha. Casi una niña. Jugaba con un perro. Y reía. ¿Se dan cuenta? Reía. *(Más angustiada aún.)* Hacía tiempo que no veía reír. Pensé... ¡Qué ingenua irresponsabilidad! ¡Reír! ¡Hay que ser ignorante!

SEPULTURERO 2. La risa es cosa del demonio.

SEPULTURERO 1. La risa hace soberbio al hombre.

LA MADRE. Siento pena. ¡Qué monstruoso engaño la risa! *(Transición.)* También anoche sentí olor a jazmines. Hay un jardín cerca. Ya saben: ¡fuego!

SEPULTURERO 2. Señora...

LA MADRE. Váyanse. Es tarde. Algo me oprime el pecho.

SEPULTURERO 1. Quisiéramos pedirle un favor.

LA MADRE. ¡Hablen!

SEPULTURERO 2. Conocemos las virtudes del fuego...

SEPULTURERO 1. Sabemos que purifica...

SEPULTURERO 2. Purifica demasiado. Nos deja sin trabajo. Somos sepultureros, señora.

LA MADRE. Entiendo. Hagan lo que estimen conveniente con tal de que no sientan placer. Hay algo que no podemos perder de vista: cumplimos un deber. ¡Nada nos puede alegrar! Déjenme sola.

Salen los Sepultureros.

LA MADRE. *(Abriendo uno de los cofres.)* Ojos. Bellos. Unos melancólicos; otros desdénosos. Ojos fuera de las cuencas. Nostalgias, esperanzas, alegrías, pasiones... *(Abriendo el otro cofre.)* Bocas. Besaron, mordieron, mintieron, juraron... ¡No aprenden! Por más que uno se desangre en enseñarlos, no aprenden. Por fortuna tenemos el fuego. El hombre se salva por el fuego. *(Reparando en la rueca.)* ¿Para qué quiero este instrumento inútil? ¡Los hilos me salen torcidos!

Por el fondo pasa una figura en llamas. Se escucha un trueno. La Madre esconde la cara entre las manos.

EPISODIO VIGESIMOPRIMERO

El camino. La Ciega. El Adolescente.

EL ADOLESCENTE. Mal augurio, soñé con fuego.

LA CIEGA. El aire trajo olor a carne quemada.

EL ADOLESCENTE. ¡Triste lugar para pasar la noche!

LA CIEGA. ¿No hay piedras?

EL ADOLESCENTE. Ni un árbol en no sé cuántas leguas.

LA CIEGA. ¿Amanece?

EL ADOLESCENTE. Olvídate.

LA CIEGA. ¡Me gustaría tanto ver un amanecer!

EL ADOLESCENTE. Suéñalo.

LA CIEGA. ¡Mis ojos! Yo podría prescindir de cualquier cosa menos de los ojos. Ver. Mirar. ¡Qué placer! Todavía me acuerdo del azul del cielo.

EL ADOLESCENTE. Nunca me dijiste por qué te sacaron los ojos.

LA CIEGA. Despertaba antes de que amaneciera. Me gustaba el tono del campo a esa hora. Ver. Mirar. Ningún placer se le parece.

EL ADOLESCENTE. ¿Por qué te sacaron los ojos?

LA CIEGA. Árboles. Casas verdes y limpias. Aquellos caminos... ¡Daba gusto caminar! La gente, preciosa. Hasta los feos se veían bonitos, vestidos de punta en blanco...

EL ADOLESCENTE. ¿Quién te sacó los ojos?

LA CIEGA. Había dos hermanos, vecinos nuestros, una muchacha y un muchacho. Me enamoré de los dos. Me escondía a mirarlos. ¿Tú crees que haya algo más bello que el cuerpo de un hombre? Yo podía dejar de cantar, de comer, de dormir, de bailar... No podía dejar de mirar. Saber la hora por la intensidad de las sombras o que va a llover porque se ponen negros los tejados... ¡Una bandada de pájaros sobre la plaza desierta! ¡Una mujer durmiendo al pie de un almendro! (Otro tono.) El problema fue que conocí a un ángel.

Música de órgano. Aparece El Ángel.

EL ANGEL. Muchacha, acércate

LA CIEGA. ¿Qué desea, señor?

EL ANGEL. Mirarte.

LA CIEGA. Mire cuanto le plazca.

EL ANGEL. ¿Puedo tocarte?

LA CIEGA. Míreme, tóqueme. No para otra cosa nacimos.

EL ANGEL. ¿Sabes? Eres hermosa.

LA CIEGA. (A El Adolescente.) El hermoso era él. Con hermosura que no parecía de la Tierra. (A El Ángel.) Usted es mucho más hermoso.

EL ANGEL. Primera vez que me lo dicen.

LA CIEGA. Serán ciegos.

EL ANGEL. Tú, en cambio, tienes los ojos más luminosos...

LA CIEGA. Me gusta mirar.

EL ANGEL. ¿Puedo besarte los ojos?

LA CIEGA. Béseme la frente, los labios, pero no me quite el placer de mirarlo cuando me besa.

EL ANGEL. Tus ojos están pidiendo un beso.

LA CIEGA. (A El Adolescente.) Yo tenía miedo. No preguntes por qué. Algo en mi pecho quería detenerse.

EL ANGEL. ¡El amor!

LA CIEGA. (Asustada.) ¡No quiero oír hablar del amor!

EL ANGEL. ¿Por qué?

LA CIEGA. Me gusta mirar. Si me enamorara, sólo tendría ojos para el cuerpo que nunca sería mío.

EL ANGEL. Estás hablando de pasión. El amor es otra cosa.

LA CIEGA. Si estoy hablando de pasión, el amor no existe.

EL ANGEL. Besa tú mis ojos.

La Ciega besa los ojos de El Ángel.

LA CIEGA. (A El Adolescente.) Caí en la trampa. Me dejé besar los ojos. (El Ángel desaparece.) Al instante cayó una lluvia de fuego. Todo quedaba destruido. Vi morir a los míos, y a los que no eran míos y que también lo eran. El jardín se convirtió en desierto.

EL ADOLESCENTE. ¿Y el ángel?

LA CIEGA. (A El Ángel.) ¿Dónde estás? ¡No me dejes sola! ¡No quiero quedarme sola en este desierto!

La Ciega extrae un cuchillo de sus ropas y se saca los ojos. El Adolescente limpia la sangre de la cara de La Ciega.

EL ADOLESCENTE. No amanecerá nunca.

LA CIEGA. Nunca. El amanecer es un estado de ánimo.

EPISODIO VIGESIMOSEGUNDO

La Ciega. El Adolescente. Lluvia de fuego. Aparece el Sodomita.

SODOMITA. ¿Algún camino sirve para salir?

LA CIEGA. ¿Quién eres que apareces con fuego?

SODOMITA. ¿Tengo que decirte quién soy?

LA CIEGA. No. Perdona. Soy curiosa.

SODOMITA. Tengo miedo.

EL ADOLESCENTE. No eres nada excepcional.

LA CIEGA. ¿Vienes de lejos?

SODOMITA. De Sodoma.

EL ADOLESCENTE. ¿Qué es eso?

SODOMITA. Una ciudad. A siete días de aquí. Ahora es un montón de piedras calcinadas.

EL ADOLESCENTE. ¿Fuego?

SODOMITA. Lluvia de azufre.

LA CIEGA. ¡Otro castigo!

SODOMITA. Eramos felices. ¿Tienen agua?

EL ADOLESCENTE. Sólo cuando llueve.

SODOMITA. Me duele el cuerpo. Tengo hambre, sueño, sed...

EL ADOLESCENTE. Duerme un rato. Sueña que comes y bebes.

SODOMITA. No puedo. Me persiguen.

LA CIEGA. ¡Otra persecución!

SODOMITA. Quieren castigarme.

EL ADOLESCENTE. No eres nada excepcional.

SODOMITA. (Triste.) Estoy enamorado.

LA CIEGA. En otro mundo, sería motivo para un premio.

SODOMITA. Alguien decidió que no es bueno estar enamorado.

EL ADOLESCENTE. ¿A quién amabas?

SODOMITA. A un hombre. Hermoso como un ángel. Era un ángel. Llegó una mañana...

LA CIEGA. No lo describas. Si estás enamorado, sé que era alto, con poco más de veinte años, pelo negro, ojos grandes, lejanos, boca perfecta.

SODOMITA. ¿Lo conoces?

LA CIEGA. Todos nos enamoramos del mismo ángel.

SODOMITA. No pude resistir.

LA CIEGA. ¡Quién puede contra un ángel!

SODOMITA. Fui a la fuente. Hacía calor y tuve deseos de bañarme. Yo estaba desnudo. En Sodoma andábamos desnudos. Pensábamos que no debíamos privar a los otros del placer de admirarnos. Estaba allí, en la fuente, mirándome de un modo que no olvidaré nunca.

Música de órgano. Aparece El Ángel.

EL ANGEL. ¡Muchacho, acércate!

SODOMITA. ¿Qué desea, señor?

EL ANGEL. Mirarte.

SODOMITA. Mire cuanto le plazca.

EL ANGEL. ¿Puedo tocarle?

SODOMITA. Míreme y tóqueme. No para otra cosa nacimos.

EL ANGEL. ¿Sabes? Eres hermoso.

SODOMITA. Me lo dicen y no lo creo.

EL ANGEL. ¿Quién te lo dijo?

SODOMITA. Todos en Sodoma.

EL ANGEL. ¿Te dejas tocar?

SODOMITA. Por supuesto. Si es verdad que mi cuerpo es hermoso, entonces es de quien lo desee.

EL ANGEL. Me gusta el color, la suavidad de tu piel.

SODOMITA. Acarícieme.

EL ANGEL. Eres generoso.

SODOMITA. No hay generosidad en entregar lo que no nos pertenece.

EL ANGEL. No eres dueño de tu cuerpo.

SODOMITA. Nada puedo hacer con mi propio cuerpo. El cuerpo de uno es para otro.

EL ANGEL. ¡Mírame!

SODOMITA. No puedo mirarlo. Algo en mi pecho quiere detenerme.

EL ANGEL. ¡El amor!

SODOMITA. (*Horrorizado.*) No quiero saber nada del amor.

EL ANGEL. Es un sentimiento grande.

SODOMITA. Si quiere, acarícieme, bésame, hágame suyo, pero no sea cruel.

EL ANGEL. Te voy a enseñar, el amor no mata. Déjame besarte. (*Besándolo.*) ¿Bebiste vino? (*Oliéndolo.*) Tu cuerpo huele a cabras, a olivo. (*Acariciándolo.*) En este pecho se amasa el pan; en esta espalda se escriben plegarias. Entrégate.

SODOMITA. Es demasiado tarde para regresar. Voy dejando atrás el prado y la ciudad más bella para entrar en el desierto.

EL ANGEL. No hay desierto. Estamos juntos.

SODOMITA. Usted tiene belleza sobrehumana.

EL ANGEL. La belleza es sobrehumana siempre.

SODOMITA. No. Sólo el hombre es bello. Dios es inaccesible. (*Transición.*) Déjeme ir. En mi casa esperan.

EL ANGEL. Voy a entrar en tu cuerpo.

SODOMITA. Su crueldad también es sobrehumana.

EL ANGEL. Abre las piernas. Te voy a enseñar. El amor no mata.

SODOMITA. Entre. Yo huelo a tierra y usted a nube. Venimos de lugares distintos.

EL ANGEL. Estoy entrando en tu cuerpo. ¿Qué sientes?

SODOMITA. Se deshizo una montaña.

EL ANGEL. ¿Y ahora?

SODOMITA. Otra montaña surge del mar.

EL ANGEL. Montañas grandes, gigantescas, duras. Rocas, volcanes.

SODOMITA. ¡Está lloviendo fuego!

EL ANGEL. ¡Es el amor!

SODOMITA. Sigue lloviendo fuego. La ciudad se estremece.

EL ANGEL. Voy a dejar mi vida en tu cuerpo. ¡Volcanes!

SODOMITA. Se abre el cráter de la montaña. Lava ardiendo, lluvia de fuego.

EL ANGEL. Ya. Estoy en ti.

SODOMITA. Desierto inmenso.

EL ANGEL. Se cumplió. Sodoma es un amasijo de cenizas y cadáveres.

SODOMITA. ¡Quiero regresar!

EL ANGEL. Imposible. Sodoma no existe.

SODOMITA. Nos iremos juntos.

EL ANGEL. Me voy solo. Tú te quedas.

SODOMITA. ¿No iba usted a enseñarme que el amor no mata?

EL ANGEL. Aprende: el amor sólo dura lo que la lluvia de azufre. Lo demás no es amor, sino hastío y troncos quemados.

SODOMITA. ¿Qué hago? ¿A dónde voy?

EL ANGEL. A ningún lugar.

El Ángel desaparece.

SODOMITA. Llovió azufre sobre mí.

EL ADOLESCENTE. Estás muerto.

SODOMITA. Muerto, pero igual: quiero escapar.

LA CIEGA. Es tarde. Trata de dormir tu muerte.

EL ADOLESCENTE. Nada haces en el mundo.

SODOMITA. ¿Queda alguien?

LA CIEGA. Cierra los ojos, olvida.

SODOMITA. Buen consejo para quien muere en paz. Yo estaba enamorado cuando encontré la muerte.

EL ADOLESCENTE. Nada podemos hacer. El Ángel, tú, nosotros, una ciudad destruida, un camino de noche... Se trata del mismo hecho.

SODOMITA. Llevo su vida dentro de mí. Adiós. Yo pensaba que la muerte era sinónimo de reposo. Si encuentran un ángel muy bello, abran los ojos. Cada vez que alguien se enamora, cae una lluvia de azufre.

Los personajes desaparecen tras una lluvia de fuego.

EPISODIO VIGESIMOTERCERO

Pelado al rape, en harapos, Job se castiga con disciplinas. Aparece La Serpiente.

JOB. Maldito el día en que nací y la noche en que se dijo: ha sido concebido un hombre.

LA SERPIENTE. Está bueno, Job. No quiero oír otra queja.

JOB. Soy desgraciado. Perdí mis hijos, mis bienes, mi propia salud. Sólo me queda la queja. Ahora vienes a decirme que sufra en silencio.

LA SERPIENTE. No quiero que sufras en silencio, sino que conviertas el sufrimiento en algo útil.

JOB. ¡Cállate! Sé por dónde vienes.

LA SERPIENTE. Eres el típico caso de obediencia estúpida.

JOB. Obediencia no, agradecimiento.

LA SERPIENTE. ¿Qué agradeces?

JOB. Ser lo que soy.

LA SERPIENTE. Gracias a ti, a hombres como tú, que obedecen a ciegas, él es lo que es.

JOB. No debe su poder a nadie.

LA SERPIENTE. No seas tonto, Job, su poder se basa en nuestra debilidad.

JOB. Soy su mejor servidor.

LA SERPIENTE. Ni siquiera en los servidores confía.

JOB. ¡En mí confía!

LA SERPIENTE. ¡Vaya confianza! Confiaba en tu obediencia y tuvo que hacer una apuesta con el otro para probar tu fidelidad. ¡Hombre generoso!

JOB. Quiso probar que yo le seguiría siendo fiel.

LA SERPIENTE. No tenía que hacer gala de su mando cubriéndote de padecimientos, torturándote hasta dejarte en lo que eres.

JOB. Los designios no se discuten. Es sabio.

LA SERPIENTE. Estás viejo.

JOB. Vejez significa sabiduría.

LA SERPIENTE. No siempre.

JOB. Estás llena de veneno.

LA SERPIENTE. Cuando tengo la razón me cubren de improperios.

JOB. Sabes hacer dudar.

LA SERPIENTE. La duda es el arma de los inteligentes. Estudia al hombre que no duda. Encontrarás un necio.

JOB. Yo no dudo.

LA SERPIENTE. ¡Necio!

JOB. Comprende, si no creo en él, en quién voy a creer.

LA SERPIENTE. En ti.

JOB. No soy nadie. No sé vivir solo.

LA SERPIENTE. La libertad es difícil. Cuesta adaptarse. ¡Ah, cuando aprendes, no hay poder que te encierre en una jaula! Sé sincero, ¿lo amas?

JOB. Lo amé más que a mis hijos, que a mi tierra.

LA SERPIENTE. Estás respondiendo en pasado.

JOB. ¡Déjame!

LA SERPIENTE. Lo tuyo no era amor, sino miedo. Llegó el momento de acabar. Oyeme: tú eres el hombre ideal. Dentro de un rato va a comer, opíparamente, los mejores manjares en su larga mesa. Luego, se tirará en la cama de plumas. Puedes acercarte. De ti nadie sospecha. (*Le da un cuchillo.*) Toma. Usalo bien. Después regresa. Te daré mi mejor manzana.

JOB. Tengo miedo.

LA SERPIENTE. Peor de lo que vives no puedes vivir.

La Serpiente sale.

JOB. Señor, perdóname, te odio y no es mi culpa. Yo me creí feliz a tu amparo. Y tú jugaste con mi fe. Me llevaste a la ruina sólo para probar tu poder. Perdóname. ¡Decidido! (*Levanta el cuchillo.*) ¡Puro acero! Voy a matarte. (*Otro tono.*) ¿Matarlo? ¿Podré acercarme sin que mis manos

tiemblen? ¿Mirarlo sin sentir terror? ¡No! Bueno o malo es lo único que tengo. Demasiados años viviendo a su sombra para acabar de pronto con la sombra y que la luz me devore. Si lo matara, mataría mi historia, lo que soy. Perdónenme ustedes, los que tienen fe en mi odio. No voy a acabar con la creencia de toda una vida.

Se clava el cuchillo en el vientre. Truenos y relámpagos, lluvia y viento.

EPISODIO VIGESIMOCUARTO

Los Sepultureros están bajo la lluvia.

SEPULTURERO 2. Se secaron los ríos.

SEPULTURERO 1. Habla bien, los mandaron a secar.

SEPULTURERO 2. Fui al pozo y encontré un hueco ciego.

SEPULTURERO 1. Dieron la orden para que secaran los manantiales.

SEPULTURERO 2. ¿Qué hacemos?

SEPULTURERO 1. Beber.

SEPULTURERO 2. No se fabrica cerveza. Envenenaron el vino. Antes había gacelas. Carne jugosa. Ahora no paramos de trabajar. El campo es un desierto de cadáveres que hay que enterrar. (*El Sepulturero 1 ahora tiene dos cálices. Tiende uno al Sepulturero 2. Este bebe.*) Buen vino. Tiene un ligero gusto a sangre.

SEPULTURERO 1. Es sangre con ligero gusto a vino. La sangre de los recién nacidos sabe a vino.

SEPULTURERO 2. Si tuviéramos carne... (*El Sepulturero le tiende un trozo de carne. El Sepulturero 2 comiendo.*) Sabe a gloria.

SEPULTURERO 1. (*Comiendo.*) La gloria es insípida.

SEPULTURERO 2. Animal tierno. ¿Gacela? (*El Sepulturero 1 niega con la cabeza.*) ¿Termera?

SEPULTURERO 1. Una niña. Todavía no había cumplido el año.

SEPULTURERO 2. No sabe mal.

SEPULTURERO 1. En estos tiempos cualquier cosa sabe bien.

SEPULTURERO 2. Brindemos.

SEPULTURERO 1. Salud. ¡Porque siempre haya un muerto que enterrar!

SEPULTURERO 2. ¡Salud para nosotros, muerte para el resto!

Música de órgano. Entra El Angel. Los Sepultureros se turban.

EL ANGEL. (*Irónico.*) ¡Buen banquete!

SEPULTURERO 1. No, señor.

SEPULTURERO 2. ¡Dios nos libre!

SEPULTURERO 1. Recuperamos las fuerzas.

SEPULTURERO 2. Y con esta lluvia...

EL ANGEL. (*Bebiendo de un cáliz.*) ¡Excelente sangre! (*Comiendo de la carne.*) ¡Carne tierna! (*Otro tono.*) Ustedes saben que los banquetes están prohibidos. Es delito gozar hasta de lo repugnante. Vayan. La señora los espera.

Salen los Sepultureros. El Angel come y bebe lo que ellos han dejado.

EPISODIO VIGESIMOQUINTO

Aparece La Serpiente.

LA SERPIENTE. ¡Hipócrita!

EL ANGEL. Tú, maldita entre todas las bestias, no tienes derecho a llamarme hipócrita.

LA SERPIENTE. No tengo dos caras. Tú en cambio...

EL ANGEL. Cumplo un deber.

LA SERPIENTE. Vives prohibiendo placeres que gozas a escondidas.

EL ANGEL. ¡Qué sabes tú!

LA SERPIENTE. Lo que todos saben y nadie te dice por cobardía.

EL ANGEL. No hay cobardes, sino ciudadanos estoicos. ¿No oyes los aplausos?

LA SERPIENTE. Cada aplauso es una bofetada reprimida.

EL ANGEL. ¡Con razón te expulsaron!

LA SERPIENTE. Sabía demasiado.

EL ANGEL. ¡Cállate!

LA SERPIENTE. Sí, silencio. Cualquier cosa se resuelve con silencio.

EL ANGEL. Te llevaré a la hoguera.

LA SERPIENTE. Será un modo digno de terminar de una vez.

EL ANGEL. Cortaré tu repugnante cabeza y la mostraré. Será un buen escarmiento.

LA SERPIENTE. Los hombres están hartos de sacrificios inútiles. Se nace para gozar. La vida se hizo para disfrutarla, aquí y ahora.

EL ANGEL. Tus palabras saben como tus manzanas.

LA SERPIENTE. El placer es el principio y el fin de una vida feliz.

EL ANGEL. Si el cuerpo goza, el espíritu sufre.

LA SERPIENTE. La mejor prueba de que mientes eres tú. ¿O el aforismo sólo vale para los otros? (*Muestra una manzana.*) ¿La quieres?

EL ANGEL. Tu fruta está prohibida.

LA SERPIENTE. Mírala: roja, grande, apetitosa...

EL ANGEL. No vas a engañarme con tu diabólica palabrería. Soy incorruptible.

LA SERPIENTE. Da una mordida. Come.

EL ANGEL. Soy más fuerte, Serpiente.

LA SERPIENTE. Está bien. Aquí la dejo por si cambias de parecer.

La Serpiente deja la manzana y sale. El Angel come la fruta con avidez. El aguacero arrecia.

EPISODIO VIGESIMOSEXTO

Al fondo, instrumentos de tortura donde hombres y mujeres son torturados. Casi en proscenio, La Madre hila.

LA MADRE. Esta rueca no sirve. Los hilos salen torcidos. (*Pausa breve.*) Sólo hay algo que me duele más que ver a un hombre sufrir: verlo gozar. Gozo, eres imperdonable. Cuerpo, estás hecho para la muerte. Cuerpo y espíritu, ustedes se contradicen. Mi hijo no se dio cuenta: yo quería lo mejor para él. ¡Nunca entienden! El día que vi a mi hijo escuchando música, por poco se me parte el corazón. ¡Qué mal anda el mundo! Esta rueca no sirve.

Los hilos salen torcidos. Música, flores perfumadas, atardeceres... Regalos para el cuerpo. Sí, quemé jardines, talé árboles, sequé ríos, destruí ciudades. Tiene que haber un modo, que el hombre comprenda. ¿Y no se percatan de mi bondad? Si les quito la comida, el agua, si los hago sufrir es por hacerlos dignos de una vida más alta. No pueden entender. Aquí estoy para decirles: ésta es la vida verdadera! Los instrumentos de tortura no son para torturar; son para enseñar. Algún día no muy lejano verán el bien que represento. Yo no trabajo para ahora sino para el porvenir. Esta rueca no sirve. Los hilos salen torcidos. Perforo un cráneo para sacar la idea enferma, saco los ojos de un desgraciado para que se concentre en sí, para que nos acerquemos a la perfección. ¿Por qué el fuego? Para purificar. ¡Ay, qué arduo purificar! El dolor físico aclara la razón. El tormento del cuerpo es un acto de misericordia. Hambre, sed, medios de salvación. El espíritu se eleva. El estómago vacío levanta el corazón. Por cada hijo que se desvía de la senda correcta, sufro, sufro, sufro. ¡Y esta maldita rueca! ¡Sufro! ¡No sirve para hilar!

Un relámpago ilumina fugazmente a La Madre antes del oscuro total.

EPISODIO VIGESIMOSEPTIMO

No para de llover. El Hijo y El Adolescente están en el camino.

EL HIJO. ¿Llegaremos? (*El Adolescente se encoge de hombros.*) Debemos salvarnos.

EL ADOLESCENTE. Estoy salvado. Me importa la ciudad que llevo conmigo.

EL HIJO. Estás diciendo que el camino es inútil.

EL ADOLESCENTE. Digo que la ciudad está aquí y que no nos habíamos dado cuenta.

EL HIJO. No hay ciudad. Mira: un páramo.

EL ADOLESCENTE. El páramo te oculta la ciudad.

EL HIJO. La felicidad consiste en el placer. ¿Quién dijo eso?

EL ADOLESCENTE. Yo.

EL HIJO. Fue un filósofo antiguo.

EL ADOLESCENTE. Yo soy un filósofo antiguo.

EL HIJO. Eres joven, casi un niño. Hablo de un filósofo viejo, célebre, que vivía en un jardín.

EL ADOLESCENTE. Soy viejo y célebre. Lo peor que haces es recordarme el jardín.

EL HIJO. ¡Hace muchos años!

EL ADOLESCENTE. Más de mil.

EL HIJO. ¡Imposible!

EL ADOLESCENTE. Si no lo quieres creer...

Entra La Serpiente.

LA SERPIENTE. No pierdan tiempo. El campo está lleno de hombres armados. Los vi y me arrastré rápida. Por milagro me salvé.

EL HIJO. ¿Qué buscan?

LA SERPIENTE. (*Señalando a El Adolescente.*) ¡Matarlo!

EL HIJO. Es filósofo. Seguro lo buscan para que aclare algún enigma.

LA SERPIENTE. ¡Ingenuo!

EL ADOLESCENTE. Quieren matarme: soy pernicioso.

EL HIJO. ¿De qué te acusan?
EL ADOLESCENTE. Grave: pensar.
EL HIJO. Entiendo. Eres peor que un criminal.
EL ADOLESCENTE. ¡Pensar! Mi cuerpo no se cansa ni envejece. Las buenas ideas -oye bien, las buenas ideas- no se cansan ni envejecen. ¡Pensar! Enseño a apreciar los placeres del cuerpo y del alma, y no desdén el vino ni la concupiscencia. Les digo a los hombres: sientan con el cuerpo, vean, toquen, huelan, saboreen y aprendan a estar a solas con su corazón. ¡No perdonan! Predico: ¡la vida es más importante que la muerte! Me persiguen, me expulsan, me cuelgan la campanilla de leproso. Les digo: vivan, sean felices; y responden: ¡muere!
LA SERPIENTE. No pierdas tiempo, el enemigo está cerca.
EL HIJO. ¡Huye!
EL ADOLESCENTE. No. Estoy huyendo desde hace mil años.
EL HIJO. Los demás te necesitan.
EL ADOLESCENTE. Mis pies están sangrando, mis ojos se cierran. *(Se toca el pecho.)* Si tocas aquí, no oírás nada.
EL HIJO. No tienes derecho a cansarte.
LA SERPIENTE. Cada minuto es un minuto en contra.
EL ADOLESCENTE. No tengo ánimos ni fuerzas. Huyan ustedes.
EL HIJO. No podemos dejarte.
EL ADOLESCENTE. ¡Vete! Cada cual a su propio camino.
LA SERPIENTE. *(Arrojando a El Hijo.)* Vamos. Para él es tarde. Ya los hombres están aquí.

La Serpiente y El Hijo salen precipitados.

EPISODIO VIGESIMOCTAVO

Música de órgano. Aparecen El Angel y Los Sepultureros.

SEPULTURERO 1. Es aquí.
SEPULTURERO 2. No cabe duda. El aire huele a leproso.
EL ANGEL. *(A El Adolescente.)* ¿Quién eres?
EL ADOLESCENTE. El que buscas.
EL ANGEL. Busco a un anciano filósofo.
EL ADOLESCENTE. Las buenas ideas no envejecen.
EL ANGEL. No digas tu nombre, di una idea.
EL ADOLESCENTE. "De todo cuanto la sabiduría nos ofrece para la felicidad, lo mayor es la amistad."
EL ANGEL. Ya veo: eres peligroso.
EL ADOLESCENTE. ¿Quién es más peligroso, yo que hablo del placer o tú que hablas de la muerte?
EL ANGEL. Tú, porque mientes.
EL ADOLESCENTE. Hablo del placer para liberar. Tú hablas de la muerte para dominar.
EL ANGEL. El hombre debe estar dispuesto al sacrificio.
EL ADOLESCENTE. Vale la pena vivir, y vivir lo mejor posible.
EL ANGEL. Una muerte digna tiene recompensa.
EL ADOLESCENTE. La única recompensa está en la vida.
EL ANGEL. ¿Cuál es la recompensa del placer?
EL ADOLESCENTE. Toca un cuerpo hermoso, escucha una linda voz, da un beso en los labios que más te gusten y entenderás.
EL ANGEL. No quiero escucharte. ¡Corrompes!

* Epicuro. "Máximas."

EL ADOLESCENTE. Estás lleno de odio. ¡Si conocieras el amor...!
EL ANGEL. Amo al mundo.
EL ADOLESCENTE. El mundo no es nadie. ¿Amaste a alguien que suspire, que llore, que viva?
EL ANGEL. Tengo fines superiores.
EL ADOLESCENTE. Lleva a tus labios un poco de agua fresca, asciende a la cúspide de la montaña, aspira el olor de los jóvenes que siegan el trigo, acuéstate con el hombre o la mujer que consideres más hermosos, deja que pongan la mano sobre tu boca y no hables. Serás otro.
EL ANGEL. Hay que perforarte el cráneo. La lepra invadió tu cerebro. No tienes salvación. *(A los Sepultureros.)* Aprisa, llévenlo, ábránle el cráneo. *(Los Sepultureros salen con El Adolescente. El Angel despliega las alas.)* ¡Amor! ¡Sueño! No puede haber nada hermoso en la segregación de una glándula, y en las imágenes de una masa nerviosa encerrada en la cavidad encefálica. Ahora mismo, en este instante, alguien tiene un bello sueño. ¡Hay que despertarlo! ¡Que despierten los que sueñan! ¡Que despierten!

EPISODIO VIGESIMONOVENO

El Hijo en el centro de la escena. Comienzan a sonar campanas a las que se irán incorporando otros instrumentos hasta lograr una obertura festiva. Aparecen Adán, Eva, Abraham, Sara, Isaac, La Repostera, El Campanero, Job, La Mujer de Alabastro, El Poeta Cubierto de Dardos. Comen manzanas y beben. Alborozo. Luz vivísima.

TODOS. *(A El Hijo.)* ¡Bienvenido!
LA REPOSTERA. ¡Estás en la ciudad!
JOB. Amaneció. Tenía que amanecer.
EVA. Mira al cielo. Nunca se vio azul como éste.
ABRAHAM. Aquel árbol... Tiene un verde tan intenso...
ADAN. No había visto flores como éstas.
SARA. ¡Y el aire! La brisa trae olor a azahares.
LA MUJER DE ALABASTRO. La brisa está húmeda, acaricia mi piel.
ISAAC. ¡Mi cuerpo despierta!
EL CAMPANERO. ¡Vivo! ¡Oye, las campanas!
LA MUJER DE ALABASTRO. La felicidad da ganas de llorar.
EL POETA CUBIERTO DE DARDOS. Allí, miren, el sol, la luz que no pensábamos ver.
ISAAC. Los edificios son columnas de mármoles.
EVA. *(A Adán.)* Dime una palabra.
ADAN. ¡Gráciles!
EVA. Las columnas se levantan gráciles.
EL POETA CUBIERTO DE DARDOS. Como encajes.
EL CAMPANERO. En cada esquina, un parque.
SARA. En cada parque, un banco.
ABRAHAM. Para el sueño.
LA REPOSTERA. ¡Las fuentes! ¡Oye la música!
JOB. Por las fuentes no corre agua.
ISAAC. Vino, rojo, espumoso, brota de los surtidores.
LA MUJER DE ALABASTRO. A veces llueve, la lluvia es dulce.
ADAN. Llueve miel.

SARA. La comida es abundante.
ABRAHAM. Regalo para el paladar.
EL POETA CUBIERTO DE DARDOS. Mi cuerpo, tu cuerpo, el cuerpo de él.
ISAAC. Mi boca.
EL CAMPANERO. Mis oídos.
JOB. Mi olfato.
LA REPOSTERA. Mis manos.
ADAN. Mis ojos.
EVA. Soy joven para siempre.

Entran diez jóvenes -seis donceles y cuatro doncellas, réplicas exactas de los que han aparecido. Cada uno va al encuentro de su otro yo. Se establece una relación de espejo.

EVA. (A Eva Joven.) ¿Quién eres que tanto te pareces a la que fui?
EVA JOVEN. Soy la que fuiste y la que serás.
ABRAHAM JOVEN. Soy tu imagen en la dicha para siempre.
ABRAHAM. (A Abraham Joven.) Dame tu mano, me recuerdas tiempos dichosos.
SARA JOVEN. Tu vida en mí no tiene errores.
EL CAMPANERO. (A El Campanero Joven.) ¿Sabes tocar primas, tercias, vísperas, cumplidas?
EL CAMPANERO JOVEN. Mis campanas suenan mejor: soy enteramente feliz.
JOB. (A Job Joven.) No quiero que vuelvas para la destrucción y la muerte.
JOB JOVEN. Estoy en la eternidad. Olvidate de la destrucción y de la muerte.
LA MUJER DE ALABASTRO. (A La Mujer de Alabastro Joven.) ¿Puedes bañarte desnuda en el río?
LA MUJER DE ALABASTRO JOVEN. Me baño en un río inmóvil. Siempre me baño en el mismo río.
EL POETA CUBIERTO DE DARDOS. (A El Poeta Cubierto de Dardos Joven.) ¿Escribes?
EL POETA CUBIERTO DE DARDOS JOVEN. No lo necesito. Tú escribirías para rectificar el mundo y yo vivo en un mundo rectificado.
LA REPOSTERA. (A La Repostera Joven.) Los dulces, mis dulces, te enseñaré cómo se hacen.
LA REPOSTERA JOVEN. Todo es dulce en mi estado de perfección.
ISAAC. (A El Otro Isaac.) Mi padre me asesinó. Le tengo miedo a la muerte.
EL OTRO ISAAC. Si alguien muere, no muere. Un descanso y la dicha de descansar.
ISAAC. ¿Y el amor?
LA MUJER DE ALABASTRO JOVEN. (Besando a Isaac.) Siempre es correspondido.
ABRAHAM. ¿Y el horror?
ABRAHAM JOVEN. Nadie odia.
SARA JOVEN. Nadie envidia.
JOB JOVEN. Nadie tiene miedo.
EL POETA CUBIERTO DE DARDOS JOVEN. Nadie guarda rencor.
ADAN JOVEN. Nadie mira para traicionar.
EVA JOVEN. Nadie desea lo imposible.

EL CAMPANERO JOVEN. Por más que te explique, no entenderás.
EL OTRO ISAAC. La dicha no se explica.
JOB JOVEN. Se experimenta.
LA REPOSTERA JOVEN. Y es suficiente.
EVA JOVEN. (Tendiéndole una manzana a El Hijo.) ¡Pruebala!
EL OTRO ISAAC. (Alcanzándole un cáliz a El Hijo.) ¡Bebe!

El Hijo muerde la manzana y bebe.

EPISODIO TRIGESIMO

La luz se concentra en El Hijo. Silencio.

EL HIJO. Señor, qué bien sabe tu manzana. Y tu vino, Señor, qué buenos tus viñedos. Ahora sé que estoy en tu lugar, en el lugar verdadero, en el que estás. Nos engañaron. Quisieron confundirnos. Pero la mentira es breve. Ya sabemos que el del jardín no eras tú, sino el demonio. (Hablando hacia otro lado.) ¡Demonio! ¡Qué fácil para ti vestirme de Dios! ¡Y qué crédulos somos! ¡Qué fácil para nosotros dejarnos engañar por el primero que traiga una promesa! (Hablando hacia el otro lado.) Perdónanos, Señor, somos hombres... Ya sabes, la esperanza. Debilidad de creer que todo el que viene, viene para salvarnos. No somos capaces de verle, debajo de la máscara, la sonrisa de demonio. Aquí, en tu verdadero lugar, brindo por el encuentro contigo.

Un relámpago y se ilumina la escena. La Madre, que está en la ruca, se levanta. En proscenio baja, muy rápidamente, una reja.

LA MADRE. Conmoveror. ¿Terminaste?
EL HIJO. Uno cree que termina cuando tú apareces.
LA MADRE. Te advertí. No hay huida. Siempre vuelves al punto de partida.
EL HIJO. Está bien. Tampoco tú puedes tenerme.
LA MADRE. ¡Qué poco me conoces!
EL HIJO. ¡Qué poco nos conocemos!
LA MADRE. Mi poder es eterno, inmutable.
EL HIJO. Como siempre: ¡frases! Ya no conmueves. No tienes poder, sino rencor.
LA MADRE. Mi poder dura lo que dure mi misión en la Tierra.
EL HIJO. Misión que inventaste para ocultar tu afán de poder.
LA MADRE. ¡Soy tu madre! ¡Me debes lo que eres!
EL HIJO. Te repites.
LA MADRE. ¡Me debes obediencia!
EL HIJO. Confundes el miedo con la obediencia.
LA MADRE. ¡Te vas a arrepentir!
EL HIJO. ¡Mirate al espejo! Tu cuerpo está enfermo, tu cerebro se confunde.
LA MADRE. Otras madres seguirán mi obra. Siempre habrá una madre dispuesta al sacrificio.
EL HIJO. Siempre habrá un hijo dispuesto a acabar con su madre.
LA MADRE. Soy yo la que acabaré contigo. Y no lo hago con placer. (Otro relámpago. Entran los Sepultureros.) Debo reconocerlo con dolor: mi hijo no tiene remedio.

SEPULTURERO 1. ¡Dé la orden!
SEPULTURERO 2. ¡Su palabra es ley!
LA MADRE. (*Desesperada. Con gran esfuerzo.*) ¡Al fuego!

Los Sepultureros atan a El Hijo a un poste y encienden la hoguera que lo hace arder.

EL HIJO. ¡Nos engañaron, Señor! ¡Todo era mentira! ¡No nos culpes por haber creído! ¡Fuimos ingenuos! ¡Nos engañaron!

Se alza la reja. La Madre va a proscenio.

LA MADRE. (*Llora.*) ¡Al fuego! ¡Que arda! Lo mejor es el fuego, ¡purifica! El fuego es superior al agua. El agua sólo quita las manchas visibles. El fuego conduce a lo mejor que somos, la ceniza. No te asustes, hijo mío, una hoguera es un acto de piedad.

La hoguera cobra fuerzas. El Hijo desaparece entre las llamas. La Madre cae de rodillas. Truenos y relámpagos.

PRIMER FINAL POSIBLE

El Hijo sale, transfigurado, de la hoguera. Su rostro resplandece y sus vestidos aparecen blancos. Sólo él está iluminado. Sonando la campanilla y surgiendo de otra luz, aparece El Adolescente.

EL ADOLESCENTE. Ya. Es suficiente.

EL HIJO. No hace falta más.

EL ADOLESCENTE. ¿Continuamos?

EL HIJO. Es el camino quien elige.

EL ADOLESCENTE. Falta poco. Estamos por llegar.

EL HIJO. Hay que sembrar árboles y flores. El camino se ve demasiado árido. Debemos hacerlo más hermoso para los que vengan detrás.

EL ADOLESCENTE. Cerca nace un manantial.

EL HIJO. Y un árbol. El viento trae olor a sombra húmeda.

EL ADOLESCENTE. (*Tiende la mano a El Hijo.*) ¡Vamos!

EL HIJO. (*Dando la mano a El Adolescente.*) Mira: está amaneciendo.

EL ADOLESCENTE. ¿Cuánto hace que no veíamos el sol?

EL HIJO. (*Canta.*) Noche eterna parecía
que íbamos a sufrir.
Noche, tormenta, agonía
sin la esperanza de huir.

EL ADOLESCENTE. (*Canta.*) Pero amaneció. El jardín
permite que el sol lo dore.
Nunca hay noche sin un fin
aunque cien años demore.

EL HIJO. Daremos un banquete.

Se oye el trino de un ave.

EL ADOLESCENTE. Alguien despierta.

EL HIJO. Las nubes se alejan. ¡El cielo!

EL ADOLESCENTE. El rumor del río que vuelve a correr.

EL HIJO. ¿Están cantando?

EL ADOLESCENTE. Ríen, juegan. Amanece y alguien despierta y canta.

El Hijo y El Adolescente se alejan. La luz da intensa sobre un jardín. Los Nobles de la Corte de Luis XVI juegan, bailan, remedando el espíritu de un cuadro de Watteau.

SEGUNDO FINAL POSIBLE

Música de órgano. Entra El Angel. La Madre, aún en proscenio, es ayudada por El Angel. Se incorpora.

LA MADRE. ¿Qué hora es?

EL ANGEL. La justa.

LA MADRE. Me duele saber que no veré más a mi hijo.

EL ANGEL. El dolor te hace grande.

LA MADRE. Lo sé puro, ángel mío. Todo terminó.

EL ANGEL. La tierra es un hermoso desierto blanco. No hay posibilidad de que crezca la más pequeña impureza. La primera vez, fue un diluvio; la segunda, una lluvia de azufre. Esta vez, nuestras propias manos.

LA MADRE. Una misión enaltecedora.

EL ANGEL. Estás cansada.

LA MADRE. Cumplir un deber nunca me cansa.

EL ANGEL. Duerme.

LA MADRE. No. Hilar. Hilar. Aprender de lo que vi. Hilar. Esta rueca sólo da hilos torcidos y yo quiero buen hilo, fuerte, seguro. No hay tiempo para dormir.

EL ANGEL. Vigila. Si algo anda mal, avisa. (*Comienza a elevarse.*) Yo vuelvo a mi lugar. Si te hago falta, sabes llamarme. Vendré enseguida.

LA MADRE. Pasó lo peor. Me basto sola. Sube en paz y gracias por tu generosidad.

EL ANGEL. (*Elevándose más y más, perdiéndose en las alturas.*) ¡Que la desdicha te acompañe siempre!

LA MADRE. Sea siempre desdichada. Quiero ganar el descanso. ¡Adiós! Ahora a hilar. Hilar. Un hilo fuerte, resistente.

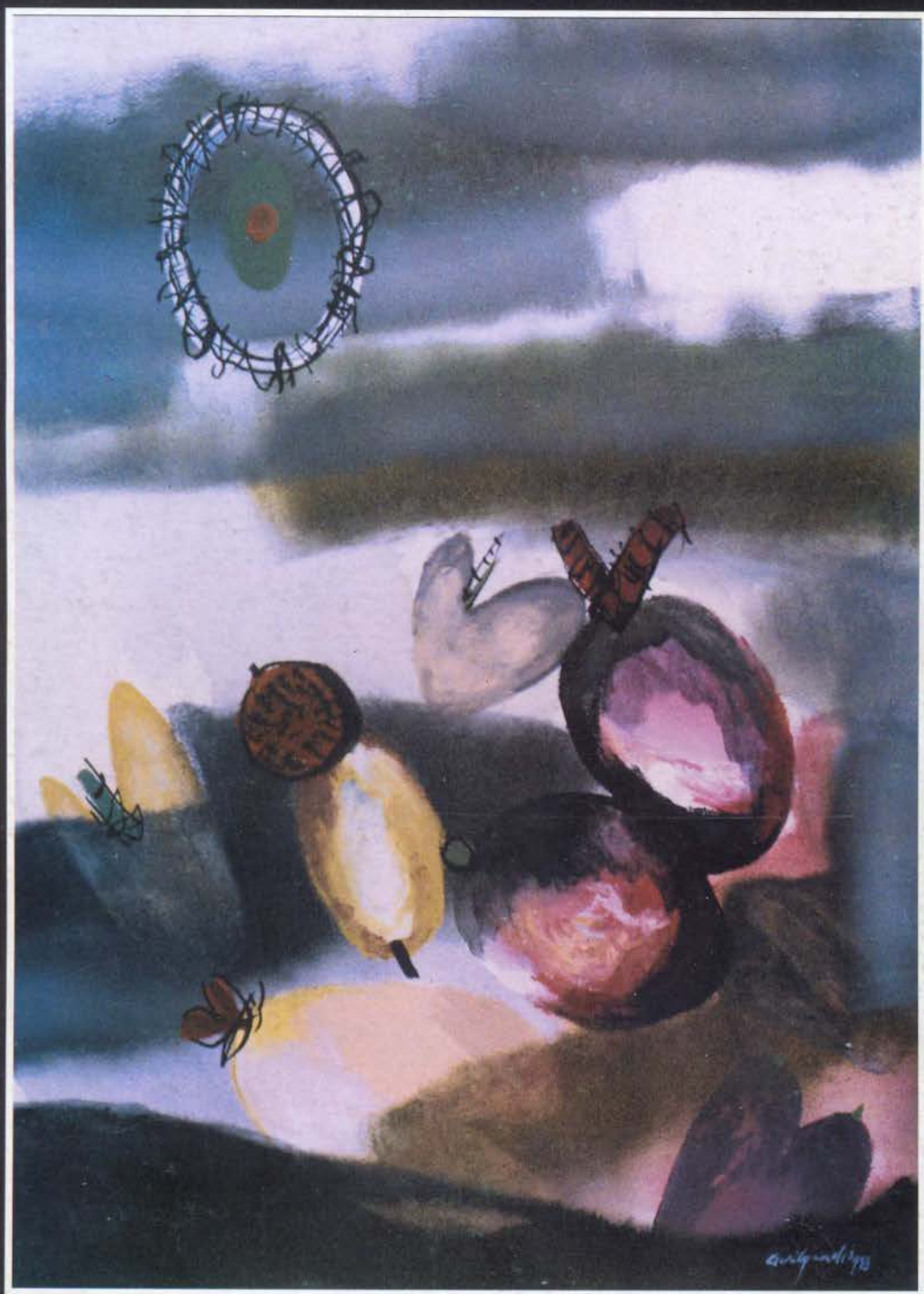
La Madre se sienta a hilar. Un relámpago la ilumina breve.

TERCER FINAL POSIBLE

Lluvia torrencial. Aparece La Ciega.

LA CIEGA. Señor, ¿sabe si amaneció? Dicen que la noche será eterna, y aunque yo no pueda verlo, quiero que amanezca. Estoy perdida, cansada de caminar. Me dejaron sola, mis amigos se fueron no sé a dónde. ¿Por qué se irán los amigos? Comentan que destruyeron la ciudad. ¿Usted sabe si este camino tiene algún fin, si conduce a alguna parte? Me dijeron: "Al final del camino, después de esta noche..." Señor, estoy perdida, sin amigos, y tengo hambre. ¡Mucha hambre! Casi no tengo fuerzas. ¿No hay nadie? ¿Es verdad que no hay nadie? Pero si yo pido poco, yo sólo pido un mendrugo de pan.

La Ciega se sienta en el camino al tiempo que escampa y amanece.



Pedro Avila

TALLER/GALERIA

Enamorados No.54, Santos Suárez, C. de La Habana, Cuba.